



«Veneciana», dibujo original de S. Chompré

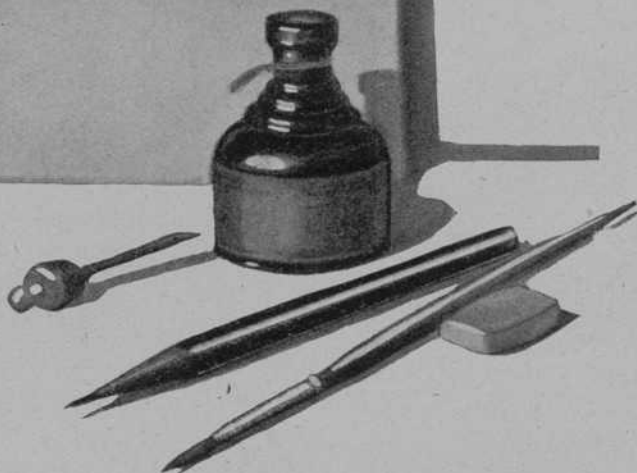
Precio: Una peseta

El dibujo que vive



Quando vea un anuncio
que destaque entre los
demás, fíjese debe ir
firmado así:

PUBLICITAS



HAY un dibujo especial, destinado a producir intensa y rápidamente una emoción: es el dibujo publicitario.

Los maestros de la pintura fracasarían dibujando anuncios. Hace falta una especialización, una disposición estimulada por la práctica.

Dibujar un anuncio no ha merecido nunca una primera medalla, pero ha contribuido a fomentar la riqueza de no pocos anunciantes.

LA Sección Técnica de PUBLICITAS es un artista de multiforme capacidad y originalidad inagotable. Sabrá dar vida a lo que usted imagina, a lo que usted trasladaría al papel, de ser dibujante, para anunciar su Casa, sus productos, su negocio.

La Sección Técnica de PUBLICITAS crea dibujos que dan en el blanco.

PUBLICITAS

Organización Moderna de Publicidad

MADRID.—AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 13. TELÉFONO 16375. APARTADO 911

BARCELONA.—PELAYO, 9. TELÉFONO 16405. APARTADO 228

PRENSA GRAFICA, S. A.

Editora de "Mundo Gráfico", "Nuevo Mundo" y "La Esfera"
HERMOSILLA, 57.-MADRID ♦ PRECIOS DE SUSCRIPCION (Pago anticipado)

Mundo Gráfico Nuevo Mundo La Esfera

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

	Ptas.
Un año.....	15
Seis meses.....	8

América, Filipinas y Portugal:

Un año.....	18
Seis meses.....	10

Francia y Alemania:

Un año.....	24
Seis meses.....	13

Para los demás Países:

Un año.....	32
Seis meses.....	18

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

	Ptas.
Un año.....	25
Seis meses.....	15

América, Filipinas y Portugal:

Un año.....	28
Seis meses.....	16

Francia y Alemania:

Un año.....	40
Seis meses.....	25

Para los demás Países:

Un año.....	50
Seis meses.....	30

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:

	Ptas.
Un año.....	50
Seis meses.....	30

América, Filipinas y Portugal:

Un año.....	55
Seis meses.....	35

Francia y Alemania:

Un año.....	70
Seis meses.....	40

Para los demás Países:

Un año.....	85
Seis meses.....	45

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:

Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Niger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumanía, Terranova, Yugoslavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

LA REINE DES CRÈMES

Maravillosa Crema de belleza
PERFUME SUAVE

De venta en toda España.

J. LESQUENDIEU - PARIS

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

Lea usted los miércoles

Mundo Gráfico

Se admiten suscripciones
a nuestras Revistas en la

Librería de San Martín

6, PUERTA DEL SOL, 6

Exclusiva de las Publicaciones de PRENSA GRAFICA
en la

ISLA DE CUBA CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE

LA MODERNA POESÍA, Pi y Margall, 135

Y
LIBRERÍA CERVANTES, Avenida de Italia, 62
HABANA

PASTA CLARKS
reduce tobillos, caderas,
fallo 8 pt. folleto gratis.
venta en droguerías, perfumerías
y e/POZ y mhd 10 • MADRID

LIBROS A PLAZOS

sin fiador, servimos a cualquier punto de España, libres de gastos de envío, los que desee, de cualquier materia y precio, enviando catálogos gratis a quien los pida. Citamos algunas colecciones a continuación, aunque vendemos sueltas las obras que desee.

BENAVENTE. Teatro completo. 34 tomos, rústica, 153 pesetas. A plazos de 10 pesetas, 10 por 100 aumento.

ALVAREZ QUINTERO (S. y J.). Teatro completo. 30 tomos a 5 ptas., rústica, 150 pesetas. A plazos de 10 ptas. al mes, 10 por 100 aumento.

GALDOS. "Episodios Nacionales". 46 tomos, rústica, 138 ptas. A plazos de 10 pesetas al mes, 158 ptas. en rústica, 225 en tela y 240 en pasta (encuadrados cada dos en un tomo).

BLASCO IBAÑEZ. Obras completas. 35 tomos, rústica, 175 ptas., y lujosamente encuadradas, 210 ptas. A plazos de 10 pesetas al mes, 192,50 ptas. y 262,50 pesetas, respectivamente.

PIERRE LOTI. 27 tomos rústica, 104,50 pesetas. A plazos de 10 ptas. al mes, 10 por 100 aumento.

PEREZ DE AYALA. Obras completas. 19 tomos, rústica, 95 ptas. A plazos de 10 pesetas al mes, 10 por 100 aumento.

CUENTA CORRIENTE DE LIBRERÍA. Pida la apertura de una a su favor. Servicio cómodo y rápido para recibir a su desco cualquier obra de la materia y precio que desee, libre de gastos de envío, a vuelta de Correo de su pedido, pagando el saldo de dicha cuenta en pequeño plazo mensual.

NOTA.—Fuera de España, sólo ventas al contado, previo envío importe al hacer pedido. América, envíos libre de gastos. Otros países, 5% aumento por gastos envío.

CREDITO EDITORIAL HERNANDO

APARTADO DE CORREOS 1.003, Madrid. Pelayo, 44. Teléfono 17330.

Teléfonos de Prensa Gráfica

REDACCIÓN

ADMINISTRACIÓN:

50.009 51.017



Abuelito: ¿por qué andas encorvado?

Yo sé de muchos señores que á tu edad van por la calle tan derechos y fuertes como si tuvieran veinte años, porque toman ese reconstituyente tan bueno que yo también tomo: el **Jarabe de Hipofosfitos Salud**.

Da vigor al débil, alegría al neurasténico, sangre al anémico, vida al raquítico y energía mental al que, agotado por el trabajo, se considera incapaz de continuar su labor.

Decir:

HIPOFOSFITOS SALUD
es decir "Vida".

Su éxito creciente en cerca de medio siglo de existencia abona esta afirmación. Aprobado por la Real Academia de Medicina.

HIPOFOSFITOS SALUD

PEDID JARABE SALUD PARA EVITAR IMITACIONES



Destruir el mal

y engendrar el bien

es lo que se consigue recurriendo a la Cafiaspirina tan pronto como se manifiestan los primeros síntomas de un resfriado o de una gripe. Dos tabletas en medio vaso de agua evitan mayores males, calman los más violentos dolores de cabeza, de muelas o de oídos y alivian las molestias particulares de la mujer, sin atacar el corazón ni los riñones.

¡Desconfiad de las tabletas sueltas!

CAFIASPIRINA



La Esfera



AÑO XVI.—NÚM. 788

MADRID, 9 FEBRERO 1929

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO

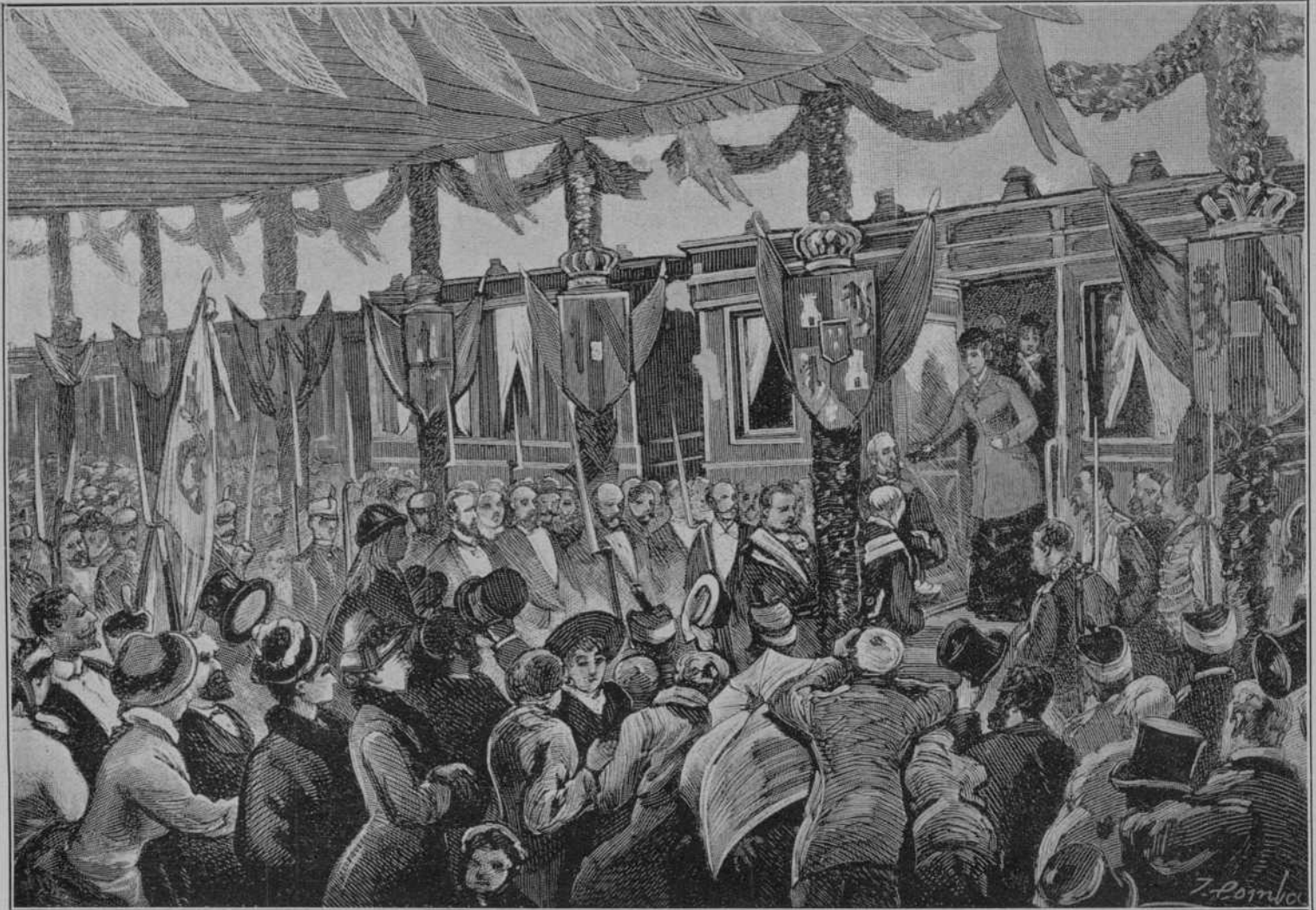


Representa la Reina Regente María Cristina uno de los períodos de la vida nacional en que mayores adversidades y más graves inquietudes turbaron á nuestro país. Logró, con las extremadas pruebas de su prudencia y de sus virtudes, el respeto de todos los españoles. LA ESFERA rinde su homenaje á la memoria de esta Reina, que con certero tino y serenidad loable supo consolidar el trono y preparar el reinado de su hijo Alfonso XIII.

(Fot. Franzen)

RECUERDOS DE UN PERIODO HISTÓRICO

LA REINA REGENTE MARIA CRISTINA



Llegada de la Archiduquesa Doña María Cristina á la estación de Irún, el 23 de Noviembre de 1879
(De un grabado de la época)



La Archiduquesa Doña Isabel Francisca, madre de la Reina Doña María Cristina

HABÍA logrado esta Reina separarse, aislarse de las contiendas políticas, tan enteramente, tan aus. eramente, tan perseverantemente, que ante la noticia de su muerte necesitamos un esfuerzo de memoria, una evocación intensa de los tiempos pasados, para advertir toda la importancia que alcanza su figura en la Historia española. Ninguna otra mujer, aun la misma Regente gloriosa doña María de Molina, con quien se la comparó muchas veces, llevó á tal grado de abnegada constancia su acción de tutela maternal, y luego, terminada su misión, llegada la mayoría del hijo Monarca, ninguna otra Regente supo encontrar en el ejercicio de virtudes privadas la renunciación necesaria para no ser obstáculo ni sombra siquiera de influencia en el nuevo reinado.

No se había consolidado la restauración de la dinastía cuando Alfonso XII murió en El Pardo. Mal acalladas, y aun envalentonadas por el prematuro fin del Rey restaurador, estaban las pasiones partidistas que contendían en el período revolucionario. No cejaban carlistas ni republicanos en sus intentos de dar nuevas formas políticas á la gobernación de España.

Advino así María Cristina á ejercer su función constitucional, no sólo frente á partidos en los que la muerte del Rey alentaba esperanzas de triunfo, sino ante partidos monárquicos que se habían dividido y que contendían enconadamente. Como en caso semejante hiciera la otra Reina regente de su mismo nombre, viuda de Fernando VII, decidió María Cristina iniciar su



El Archiduque Fernando, padre de la Reina Doña María Cristina



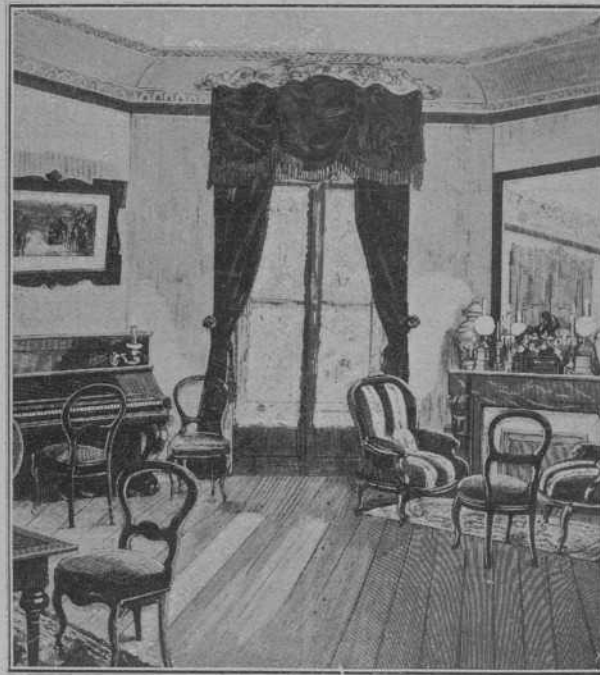
Llegada del Excmo. Sr. Duque de Bailén al Palacio Imperial de Viena, para pedir, en nombre de S. M. el Rey D. Alfonso XII, la mano de S. A. R. la Archiduquesa Doña María Cristina

obra aceptando el concurso del partido liberal y llevando á la Presidencia del Consejo de Ministros á un hombre como Sagasta, educado al lado de Olózaga y de Prim y en quien los principios del partido progresista tenían significación tan precisa como en el mismo Ruiz Zorrilla, que conspiraba desde París y fomentaba la insurrección en los cuarteles.

Providencialmente, el nacimiento de un príncipe, colocando un varón en la línea sucesoria que ocupaba, al morir Alfonso XII, la princesa María de las Mercedes, alejó el peligro grave que obsecadas derechas acrecentaban, queriendo resucitar la guerra civil é invocando la más conveniente realidad—ya que el mejor derecho quedara extinguido en tres guerras—del príncipe Don Jaime.

Grande fué el concurso y auxilio que á María Cristina prestaron, no sólo estadistas españoles, como Sagasta y Cánovas, sino León XIII, que puso freno al desatamiento de los fanatismos que se arrogaban la representación de la fe religiosa, y otros monarcas y gobernantes extranjeros. Fué así la austera conducta de esta Reina y la dignidad firme y serena con que aparecía rodeada de tres niños, quienes sacaron á España del aislamiento en que la colocaran las perturbaciones de la Revolución y el doctrinarismo de Cánovas.

En esta larga minoridad, frente á sublevaciones militares, frente al levantamiento de las cabilas rifeñas, frente á maquinaciones políticas, la Reina Regente supo ser ejemplarísima cumplidora de sus difíciles deberes constitucionales. Cuantos hombres públicos la asistieron con sus consejos, aun los que no lograron hacer preva-



Arcachón.—Interior de la Villa Belleguide: Salón donde tuvo lugar la primera entrevista de S. M. el Rey con su prometida la Archiduquesa de Austria Doña María Cristina



Arcachón.—Paseo de S. M. el Rey y las Archiduquesas de Austria por el «Gran Bassin» (De unos grabados de la época)

lecer sus programas ó sus planes, hablaban con el más exaltado rendimiento del equilibrio mental, de la serenidad de juicio, de la ecuánime imparcialidad, de la persistente voluntad, de la rectitud en las decisiones, de la firmeza en los propósitos, de la justicia en los conceptos, del desapasionamiento en el favor y de la prudencia en el examen de las realidades de la vida nacional.

«Era un aire nuevo», dijo un gobernante extranjero, en las tradiciones y en las costumbres de la Corte de los pasados reinados. Ninguno de sus ministros se encontró ante la sombra de la camarilla ó el enigma de la influencia desconocidas. Pudo así vencer la pertinacia con que un azar funesto acumulaba adversidades en el camino de España.

Apenas dominada la insurrección de las cabilas del cam-

LA BODA DE SU MAJESTAD EL REY DON ALFONSO XII CON DOÑA MARIA CRISTINA



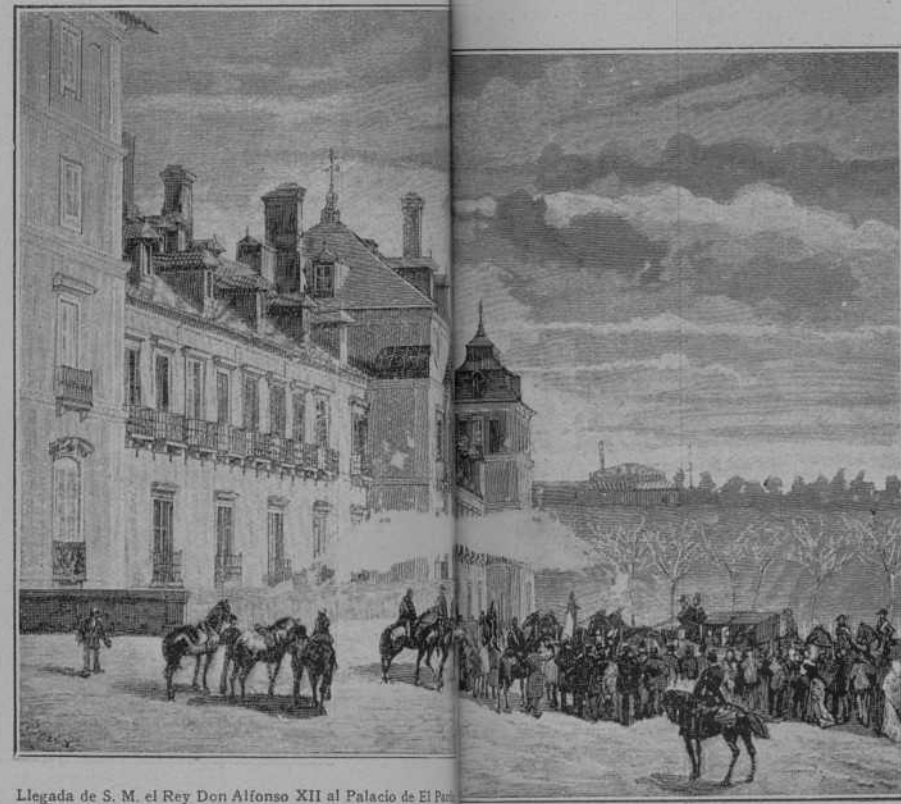
Aspecto de la Puerta del Sol en el momento de atravesar por el Real cortejo, después de la celebración del Real matrimonio



La Archiduquesa María Cristina de Austria, antes de su matrimonio con Don Alfonso XII

po de Melilla y evitada una guerra con Marruecos, cuando la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América parecía haber creado un amor nuevo entre España y las repúblicas americanas, surgió en Páire la insurrección separatista y colocó á esta Reina ante el más complejo, arduo, conturbador problema que ha conocido España en los modernos tiempos.

La Historia, cuando analice este período, reconocerá, sin duda, que en aquella disputa negadora de la soberanía de España en dominios tradicionales, lo de menos, con ser caso doloroso, cruento y empobrecedor, era la guerra material en los campos cubanos. La intervención de los Estados Unidos, la situación de nuestro Ejército y nuestra política agravaban en tal medida la cuestión que se debatía en los maniguales cubanos, que se agotaban en la contienda los más probados generales y fracasaban los estadistas de experiencia más cierta... Se sucedían los hombres en el mando y en el gobierno: Cánovas perdía la vida misma. Pareció que la conturbación alcanzaría á la existencia misma de la na-



Llegada de S. M. el Rey Don Alfonso XII al Palacio de El Pardo. (Grabado de la época)

cionalidad. Y he aquí, cómo María Cristina logró alcanzar la solución definitiva y entregar, al cabo, á Alfonso XIII, al llegar á la mayoría de edad, la soberanía de una nación, si vencida y desmembrada, en vías de reconstitución y de nuevo engrandecimiento.

Y en este momento, después de la coronación de Alfonso XIII, puede repetirse la frase del estadista extranjero. Fué también «un aire nuevo» en las tradiciones de la política española... María Cristina ha permanecido viviendo en el alcázar del Rey; ha continuado su trato cordial con los hombres políticos, con la aristocracia, con la sociedad madrileña y donostiarra y, sin embargo, ni una hora sola, ni en una sola ocasión se ha advertido en la dama entregada á obras de misericordia, que recordara que fué Reina y que tuvo á merced de su juicio y su voluntad los destinos de España.

LA ESFERA, exenta de toda significación política, cree responder á unánime emoción del país, rindiendo este homenaje á María Cristina de Hapsburgo, que tan honda huella deja en los anales de España.



Uno de los últimos retratos de S. M. la Reina Doña María Cristina (Fot. Campúa)



RETRATO DE S. M. LA REINA DOÑA MARIA CRISTINA Y EL REY DON ALFONSO XIII
(Cuadro de Yus y Colás)

MUERTE DE ALFONSO XII

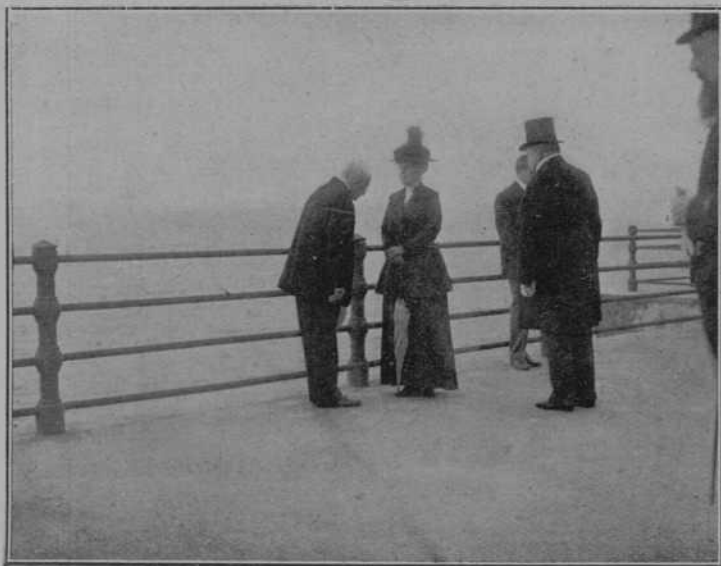


“El último beso”. S. M. la Reina Doña María Cristina en el momento de la muerte de su augusto esposo
(Cuadro de J. A. Benlliure Gil)



Ultimo retrato de S. M. la Reina Doña María Cristina con su augusta familia

(Interesante fotografía obtenida en el Palacio de El Pardo, con motivo de la fiesta onomástica de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, por nuestro compañero Sr. Campúa)



Dos recuerdos de la vida de Doña María Cristina.—En el Paseo del Príncipe, de San Sebastián, el día de su inauguración, y en el Grupo Escolar de la calle de Bailén, de Madrid, viendo las labores hechas por las alumnas

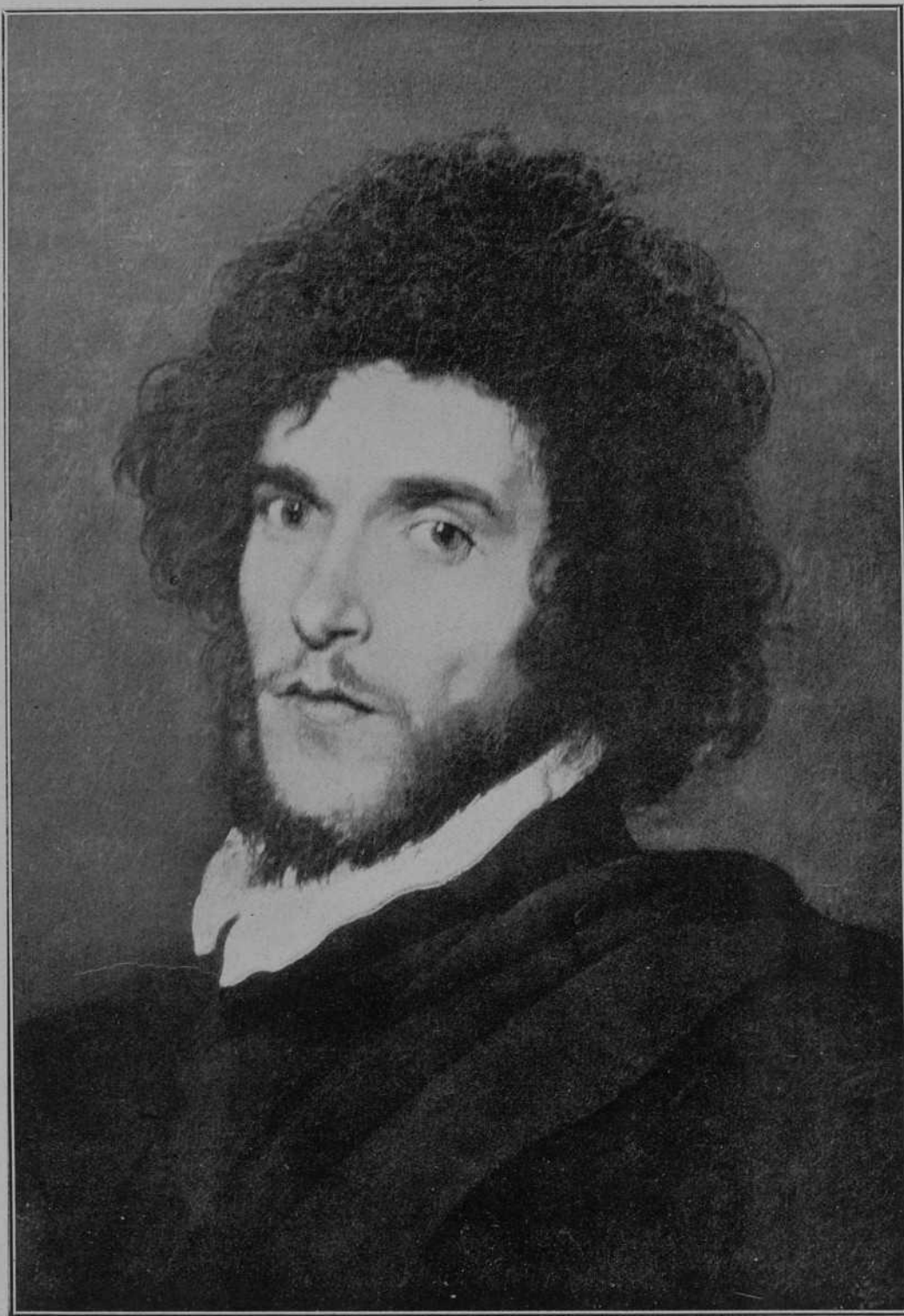
(Fots Campúa y Díaz Casariego)

UNA nueva serie de visitas por el Museo del Louvre me ha puesto directamente en contacto con la pintura española del siglo XVII.

Sobre el muro que da al bello y pintoresco río, el caudaloso Seine, y en dirección adonde se admira la maravilla de la *Gioconda*, se encuentran las obras de pintura española: Velázquez, Valdés Leal, Goya, Ribera, «el Greco», Carreño de Miranda, Morales, F. Herrera, Murillo, etc. Estudiando en esta última serie de visitas dedicadas á las atribuciones, la hermosa cabeza de hombre que se reproduce con este artículo, nos encontramos que está presentada por la Dirección del Louvre como retrato de hombre atribuido á la Escuela Española. En la misma plaquita de metal que está sobre el marco se lee: *Legs de la princesse Mathilde*.

Intrigado por lo que puedan haber pensado y sigan pensando de esta hermosa cabeza los expertos de este magnífico Museo del Louvre, he buscado en el catálogo de noticias y comentarios dedicado á la Escuela Italiana y Española, y de una manera lacónica sólo dice: *Ce portrait a été attribué a Velázquez. M. Nicolle y voit une oeuvre du début du XIX^e siècle*. Es decir, que en su tiempo estuvo atribuida á Velázquez, y después sin paternidad, M. Nicolle la atribuye á la Escuela Española de comienzos del siglo XIX.

Es verdaderamente curioso observar el estudio que se hace, generalmente, por los extranjeros, de la pintura y escultura de España. Pongamos como ejemplo el caso de esta cabeza, motivo de este artículo, cuya calidad de pintura es de las que no ofrecen lugar á duda; se trata de una obra maestra y no de esos cuadros de los cuales jamás se puede afirmar quién pudo ser su autor, y muchas de las veces ni la época ni la escuela. Esta cabeza no es retrato como anuncia el catálogo, sino uno de esos estudios cuya ejecución al artista le resultó una obra tan completa como si alguien le hubiese encargado su retrato y el afortunado genio del artista lo dejara á la posteridad entre las demás obras dig-



Hermosa pintura española del siglo XVII, que el autor de este artículo atribuye á José Ribera, «El Españoleto», existente en el Museo del Louvre

nas de su mayor renombre. Se trata de un estudio hecho con modelo; á juzgar por sus rasgos, por su composición, debió ser modelo ocasional; es decir, uno de esos tipos que los artistas prefieren al mismo retrato de encargo. Su dimensión, la cabeza, es poco menos del natural; en total, el lienzo tiene cincuenta por sesenta.

Observando detenidamente la calidad técnica de este magnífico estudio, y al mismo tiempo el sabor españolísimo de sus coloraciones, nos hace pensar sin el menor esfuerzo que se trata de una obra de Ribera, *el Españoleto*. Que se le haya atribuido, hace algunos años, á Velázquez, no es extraño, por diferentes razones; la obra merece los honores de ser comparada con algu-

nas de las del inmortal D. Diego.

Pero lo que es verdaderamente extraño es que críticos como, por ejemplo, el prestigioso M. Nicolle haya visto en esta obra de irrefutable autenticidad siglo XVII una pintura del comienzo del siglo XIX. ¡Así se estudia, generalmente, nuestra tradición artística! Y así ocurre que valores artísticos de segundo orden, muy apreciables y dignos de estudio y de figurar en la historia del arte, no se conozcan ni poco ni mucho fuera de España, aparte de esa serie bien estimable de artistas que nos han visitado y que tanto aprendieron en las obras de nuestros geniales pintores.

La cabeza, retrato en cuestión, tiene, para ser atribuido á José de Ribera, todo ese sabor de pintura apasionada en su manera de estar hecha, y en sus coloraciones se disfruta ese placer ardiente tan característico del *Españoleto*. Su dibujo es de trazo enérgico, un poco duro á fuerza de temperamento apasionado; pero se hace disculpable y característico por su atrayente personalidad. En el propio Museo del Louvre hay obras de Ribera con las que se puede comparar en lo que se refiere á colorido. De los cuadros cuyos asuntos son el tan repetido filósofo existen muchas semejanzas; en uno de ellos que cubre su cuerpo con una especie de sayo ó capa.

La capa roja que tiene echada sobre el hombro izquierdo el retrato que nos ocupa la atención es igual que el rojo del mencionado filósofo del Louvre, y tiene el mismo empaste y todas las características de *El Salvador* y de *Una Sibila*, obras que se conservan en el Museo del Prado.

Bien está aprovechemos toda ocasión posible para ofrecer datos técnicos y opiniones personales á expertos y críticos extranjeros, para facilitar la documentación de nuestro arte antiguo y moderno que sólo se impone en el mundo á fuerza de un natural y singular valor artístico, difícilmente comparable á otros artistas de distintos países.

FRANCISCO POMPEY





«La debutante», cuadro original de S. Glucklieck



Mujeres de la pantalla
en sus gestos más expresivos

Cuando la sala ó el lienzo en semipenumbra—queremos decir cuando sobre la plateada cortina se van deslizando unas escenas anodinas ó de poco relieve—se hace, de pronto, una llamarada en todos los ojos... Es el instante de un «primer plano», cuando en la pantalla aflora la *star* favorita, y hacia ella nuestro fervor, nuestra pleitesía... Y he aquí este «primer plano» de la deliciosa artista norteamericana Esther Ralston

SOBREVIVIRSE...

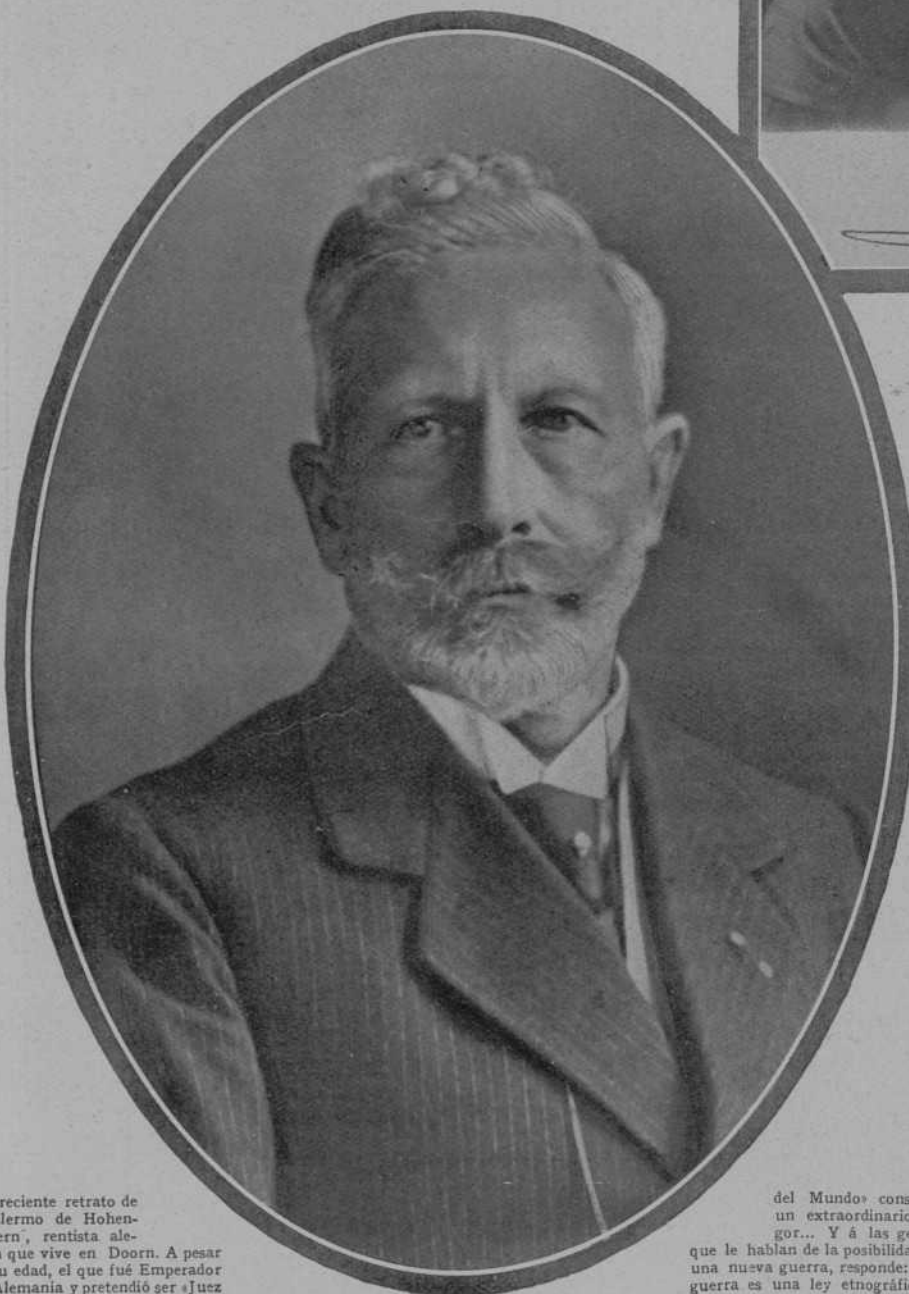
Los setenta años de Guillermo II

El Kaiser ha cumplido setenta años... El Kaiser es muy viejo... El Kaiser no es ya kaiser: es un rentista alemán que vive tranquilamente en Holanda, y al que las gentes sencillas de Doorn consideran ya como conciudadano, porque se halla entre ellas desde hace diez años; porque es dueño del mejor palacio de la villa; porque durante sus paseos por las calles gusta de charlar con los transeúntes que se descubren ante él, con las muchachas que le prodigan sus más gentiles *knix* en la ceremonia de la triple reverencia, y con los niños que dejan de jugar para contemplarle, tratando de descubrir el oro de la corona bajo el fieltro del sombrero y el armiño del manto imperial bajo el capote de cuero... Y, además, las sencillas gentes de Doorn estiman al que fué «Señor de la Guerra» porque ahora, en la paz, vive bien, come bien, bebe bien, paga puntualmente sus cuentas y es, en resumen, el mejor cliente que en la villa tiene el Comercio...

Guillermo de Hohenzollern se levanta á las siete de la mañana; consagra una hora á la cultura física; desayuna; pasea en compañía del *hofmarschall* barón Grancy, ó trabaja en el parque de Doorn compartiendo las labores de su jardinero; almuerza, á mediodía, en familia, con su mujer y con los hijos ó los nietos que sucesivamente le visitan; dedica á la lectura de obras de historia ó de arte, ó á la redacción de sus *Memorias*, la mayor parte de la tarde; recibe á la hora del te, á los notables de Doorn, ó á los viajeros que para saludarle llegan de Alemania; cena con sus familiares y con algún que otro invitado; lee la prensa de Berlín, la de París y la de Londres, y se acuesta á las diez, después



Guillermo II, en la época en que soñaba con ser «Der Welt Richter», árbitro del Universo...



Un reciente retrato de Guillermo de Hohenzollern, rentista alemán que vive en Doorn. A pesar de su edad, el que fué Emperador de Alemania y pretendió ser «Juez

del Mundo» conserva un extraordinario vigor... Y á las gentes que le hablan de la posibilidad de una nueva guerra, responde: «La guerra es una ley etnográfica...»

de haber confiado su espíritu al Todopoderoso, que, si no fué el *Gott mit Uns* de la esperanza loca, fué, al menos, lo bastante clemente para conservar la vida y el bienestar á quien desencadenó sobre el mundo las tormentas de la Ruina y de la Muerte...

Guillermo de Hohenzollern no concede entrevistas, ni habla del pasado como no sea en el círculo hermético de sus íntimos... Sin embargo, una mujer, una escritora, logró últimamente cruzar la palabra con el Kaiser, en la calle y por sorpresa...

—Señor—imploró la escritora—, he venido de muy lejos sólo para haceros una pregunta...

—Señorita, lo que yo pueda decir no tiene ya importancia... Soy un viejo que únicamente desea terminar su vida en paz...

—Señor, es imposible que os hayáis desinteresado de la política del mundo...

—Señorita, el único país que me interesa es el mío, y espero que algún día las cosas cambiarán en Alemania...

—Señor, ¿creéis que pueda haber una nueva guerra?...

—Señorita, la guerra es ley etnográfica; una ley contra la cual solamente la Providencia puede intervenir...

Y esto fué todo...

El Kaiser, que ya no es kaiser; el que en un tiempo se llamó «Juez del Mundo» y hoy limita su ambición á terminar la vida en paz, siguió, camino adelante, conversando con el barón Grancy acerca de temas triviales, pero esgrimiendo contra la nieve del camino la punta herrada de su bastón...

•••••

En los arabescos que ese bastón dibuja, hiendo hielo, deja Guillermo de Hohenzollern la evocación del pasado: de su historia, compuesta por el Destino con trama de horas fatídicas y

poblada de ilusiones fulgurantes y de terribles espectros...

Al comenzar el verano de 1888, el príncipe Guillermo tiene veintinueve años: la edad de las grandes ambiciones y las feroces impacencias... El príncipe Guillermo cuenta las semanas, los días, las horas que aún le separan del Trono, en tanto que su padre agoniza en San Remo... Al cabo, el 16 de Junio, Federico III no es ya sino un nombre y un recuerdo, y el príncipe Guillermo es Guillermo II. Pero ante él está el prestigio de Bismarck, edificador del Imperio... La autoridad del viejo Canciller hace sombra al nuevo Emperador... El viejo Canciller se obstina en defender su obra... El nuevo Emperador se obstina en deshacerse del viejo Canciller... La lucha dura un par de años... El Canciller, vencido al cabo, se aparta y se retira... Sus sucesores—Caprivi, Hohenlohe, Bulow, Bethmann Hollweg, Michaelis, Hertling—aceptan sucesivamente el puesto á ciencia y á conciencia de que su papel no es ya sino una ficción... El dueño absoluto del Imperio es el Emperador, que asume todas las autoridades, que se cree inspirado directamente por Dios, que se estima infalible, que no admite consejos... Es, en su espíritu, como aparece en su famoso retrato que alza escándalo en una exposición del año 14: vestido con la túnica del cruzado, empuñando la espada justiciera, y con este lema, sirviendo de pie á la corona: *Der Welt Richter*, el árbitro del Universo...

El mundo, en tanto, no sabe si la formidable máquina militar construida por Guillermo II es un enorme espantajo, ó es, por lo contrario, el nuevo monstruo que va á renovar los crímenes de Napo-



El Kaiser y su hijo mayor, pasando por el parque de la residencia de Doorn



El que fué Kronprinz de Alemania.

(Fotografía obtenida durante su residencia en Wieringen)

león... El mundo ríe, á las veces, y á las veces tiembla... El mundo no puede prever la inmensidad de la catástrofe hacia la cual marchó... La catástrofe llega. Cuatro años de la guerra más cruel y más bárbara que la Humanidad ha conocido...

En sus *Recuerdos*, cuenta el príncipe Alejandro de Hohenlohe cómo Guillermo II abandonó á su patria y á su ejército en la hora de la derrota, que era también, para el Emperador, la hora del peligro... Se hallaba Guillermo II en el Cuartel General, cuando llegaron noticias alarmantes... El Kaiser reunió á sus oficiales y prometió no separarse de ellos... Los oficiales aclamaron á su Emperador... Una hora después, Guillermo II recibió á un mensajero enviado no se sabe por quién... El Emperador palideció al escuchar al mensajero, pidió un automóvil y marchó hacia la frontera holandesa... Alguien dijo que Hindenburg había enviado el mensajero con el apremiante consejo de la huida...

Y, sin embargo, para rendir homenaje al que fué «Señor de la Guerra» y pretendió ser «Juez del Mundo», han acudido á Doorn, en este día de Enero en que Guillermo de Hohenzollern cumplió su septuagésimo aniversario, todos los generales alemanes que se ilustraron durante el antiguo régimen, sin más excepciones notables que las de Hindenburg y Ludendorff... Y rodeado de toda la familia imperial, y entre el esplendor de los uniformes y el brillo de los aceros, el Kaiser que ya no lo es pudo hacerse la ilusión de haber vuelto á serlo y de poderse llamar aún, por un momento, *Der Welt Richter*, ya que, á pesar de todo, no hubo en el mundo quien tuviera limpieza de conciencia y autoridad suficientes para juzgarle.

ANTONIO G. DE LINARES

CUENTOS ESPAÑOLES

EL DIAMANTE

DECIDIDAMENTE, voy creyendo que Aurelio no es tan inteligente como ustedes aseguran.

—Ni tan exquisito. Tiene un gusto deplorable...

—Sí... En realidad, ese prurito de enojarse con piedras falsas... Denota un origen plebeyo, impropio de su leyenda.

—Bueno; de la leyenda que él es el primero en cultivar. Porque, ¿quién nos asegura que sea cierto cuanto Aurelio refiere sobre sus orígenes, sobre su posición de otros tiempos, sobre sus aventuras extraordinarias de Don Juan? Para mí, que su único tesoro ha sido, es y será la fantasía...

—Creo que exageran ustedes—corrigió, retrepado en la butaca central del grupo, Aldana, el más viejo y mundano de los contertulios en aquel rincón de *Los temibles*, como los llamaban hasta en la Conserjería del Círculo.—Exageran ustedes. Aurelio no es un potentado. No hay más que observarle parádase cuenta de que pasa por una situación bastante apurada. Pero, ¿tiene una distinción, un aire, un tono!... Aunque él también exagere algo, se ve que ha debido de vivir á lo grande en otra época... Ahora, que...

—¿Que el diamante que luce en la mano es un alarde sencillamente ridículo, Aldana de mi alma!—concluyó Ordaz, incontrovertible.

—¡Claro, hombre!—le apoyó Nadal.—Si se tratara, como él afirma, de un «Gran Mogol» ó poco menos, lo habría pulido ya hace tiempo...

—Por lo menos, hace cuatro meses, que son los recibos que tiene pendientes en Secretaría; ¡Valiente socio!—agregó Sáinz-Loebe, el secretario perpetuo del club.

—Y no iría tan... *demodé*... Porque, ¡la verdad es que cada día viste peor!—se lamentó Alessandri.

—¿Cómo quieren ustedes que vista, si no tiene un céntimo y sus bienes, á creer lo que él cuenta, fueron confiscados primero y aventados después durante la gran guerra?—insistió Aldana.—Sin embargo, yo, que le guardo todas mis simpatías y le creo, contra el parecer de ustedes, un muchacho perfectamente civilizado, incapaz de una tontería, no me explico cómo tiene el valor de lucir ese anillo escandaloso. Ya sabéis que, si de algo entiendo, es de alhajas. Siquiera esto habría de aprender en la vida, ya que tantos miles me han costado, en regalillos, mis... «conquistas». Pues bien; yo les aseguro á ustedes, bajo mi palabra de honor, que el diamante de Aurelio es falso de toda falsedad. No hay más que verlo. De ser bueno, valdría, á ojos cerrados, cincuenta mil pesetas.

—Y... si Aurelio supiera que tenía cincuenta mil pesetas en un dedo, no teniendo, como no tiene, cincuenta pesetas en la cartera, se dejaría cortar el dedo, con anillo y todo, para salir de apuros.

—Luego quedamos en que se trata de una superchería—sentenció Ordaz.

—Un camelo que á nadie convence, y que le pone en ridículo—comentó Nadal.

—Un capricho del gusto más chocarrero—enjuició Sáinz-Loebe.

—Un «bello gesto» bastante inocente—compadeció, displicente, Alessandri.—A mí ha llegado á decirme, en confidencia, que aunque ahora anda mal de cuartos, por todo el oro del mundo no se desprendería de esa joya, porque... «se trata de un recuerdo de amor»... ¡No me digan que la cosa no tiene gracia!

—Lo que no la tiene, señores—intervino, piadoso, Aldana—, es que sigamos haciendo la di-

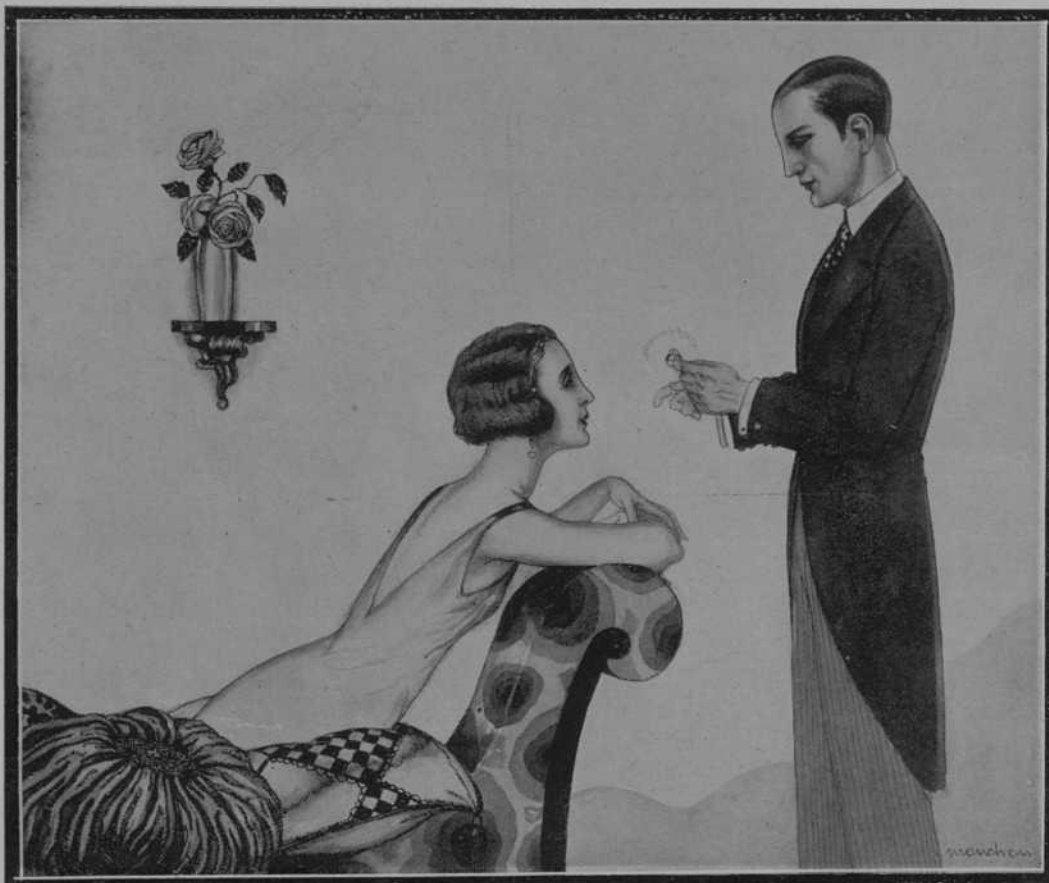
villa. Inmediatamente examinaba al poseedor de la joya y el efecto que le producía la relación entre el hombre y su alhaja no podía ser más deplorable. La pobreza, aun la decorosa, tiene tales atributos inequívocos, que la descubre cualquiera, sin necesidad de una mirada de lince. Y Aurelio era un pobre; un pobre hombre que apenas si tenía para malcubrir las primeras necesidades de la vida con los cincuenta duros de su sueldo.

Y, como el mundo está ahito de lógica... Nadie, ni el más inocente palurdo, podía creer—con sólo mirarle una vez de arriba abajo—que fuese buena aquella piedra de soberana apariencia que iluminaba el dedo corazón de su mano izquierda.

Pero la realidad—mucho más inverosímil casi siempre que la fantasía—era muy otra. El diamante rosa de Aurelio era un auténtico diamante rosa, de cuyo valor él mismo había llegado á dudar un día... El día en que su fortuna de otros años empezó á liquidarse entre sus dedos como agua en cestillo. Aurelio había sido muy rico. Hijo único, al quedarse huérfano, á los veinticinco años, heredó un capital suficiente á permitirle un par de lustros de corretear mundo en plan de verdaderopotentado. Y en esa década tuvo, como cualquier hombre andariego, joven y rico, una, diez, cien «liassons» más ó menos entretenidas y peligrosas. La última, en Austria, cuarteó seriamente su herencia. Para vivirla, compró un castillo cerca de Viena y un «Roll»... que les llevaba dia-

riamente á él y su aventura—Yania—á los *music-halls* y los *cabarets* de la capital del viejo Imperio. Entre el castillo, y el coche, y Viena y Yania, Aurelio fué, en menos de un año, en derechura á la ruina. A los treinta y cinco se encontró con seis mil francos por todo capital en la cartera; el recuerdo inmediato—perfume intenso todavía—de un amor extraordinario en el alma; y un magnífico diamante—regalo de despedida de Yania—en el dedo corazón de la mano izquierda, como única prueba de que todo su pasado esplendoroso no había sido un sueño...

—Vamos á separarnos, Aurelio—le dijo Yania un día, ese gran día último, oloroso á hojas de otoño y á perfumes viejos de antiguos trajes de mujer olvidados en un armario, que tienen las grandes aventuras de amor—. Vamos á separarnos; pero no quisiera que pensaras de mí que te abandono porque vas á ser pobre. Nuestra unión ha durado, te lo dije al pactarla, lo que debía durar mi separación de mi marido. Si ahora no tuviera que volver á su lado, seguiría contigo, en tu pobreza, créeme. Te he dejado arruinarte, porque te faltó siempre el valor de ser franco; porque temiste al conocerme no lograr mi conquista si no era á fuerza de dinero. Y yo he creído hasta última hora, perdóname, que gastabas solamente tus rentas, que te limitabas á «vivir bien nuestro amor». Ahora veo que «me has estado comprando», día á día,



sección del pobre. Su diamante no será «el Kohinoor» de la Corona inglesa; pero en cualquier joyería de brillantes «al carbono», de la Carrera de San Jerónimo, sus buenos sesenta duros le habrá costado en un día de... esplendidez y de cursilería. Ahora que, las piedras falsas son como las mujeres que se venden. Por baratas que cuesten, siempre son caras. Las auténticas, en cambio, son, como las mujeres honradas, impagables. Y, por mucho que cuesten son siempre baratas. Duran toda la vida, y su valor es inalterable. ¡Que vaya ahora Aurelio á vender su gran diamante! No le dan por él ni el diez por ciento del precio de coste. Quizá por eso mismo puede permitirse el lujo de decorar su miseria con esa presea suntuaria...

También en la mesa redonda del hotel—una pensión de segundo orden, en un cuarto piso á espaldas del viejo Congreso—se reían de él por la exhibición impertérrita de su diamante. Y en la oficina alemana de material eléctrico—un séptimo piso de la Gran Vía—donde había encontrado un modesto sueldo inicial como archivero; y en la peluquería, y en el salón de limpiabotas, y en el estanco al tender, entre la bocamanga raída, la mano rutilante para pagar una cajetilla de cincuenta céntimos... El que por primera vez miraba la piedra fabulosa, quedaba, al pronto, deslumbrado ante sus luces increadas, de mara-

con tenacidad suicida... Para que recuerdes siempre tu error al recordarme, para que tengas siempre ante tí la prueba de que te quise desinteresadamente, deja que te ciña este anillo; algún día comprobarás su valor. Si á pesar de ello lo conservas, será que has vuelto á ser rico ó... que sabes, al fin, aunque ya tarde, darle un valor á mi ternura. Y me amarás entonces, seguro de que te amé mucho. Si te deshaces de él... estaremos en paz; me habré permitido, á través del tiempo, pagarme un amante, como tú te lo has permitido hasta ahora conmigo.

Aurelio la oyó en silencio, con el escepticismo, velado de tristeza, del hombre avezado á los paliativos retóricos de las mujeres galantes en la hora discreta de la desbandada. Y aceptó el regalo «como un recuerdo»; en el fondo, con cierta piedad para el ingenuo ardid con que una buscona del gran mundo quería deshacerse de él elegantemente en la hora adversa...

Y con los seis mil francos que le quedaban, emprendió el regreso á París al día siguiente.

•••••

Rodó en mil posturas diversas, dentro del gran tubo de la risa y de la miseria que es París para los que no pueden pagarse su magnífico espectáculo más que en la moneda de su juventud, entre empellones y golpes. Cayó y medró, al vaivén del Azar, mas sin acabar de rehacerse nunca. Y cuando, incrédulo, esgrimió, por broma, el tesoro de su diamante como trofeo de un pasado mejor, todos en torno suyo rieron con él la *boutade*... «El Invendible»—como habían bautizado en el *faubourg* al diamante de Yania los camaradas de piruetas de Aurelio—no servía, en un momento dado, ni para pagar la modesta cena de dos estudiantes alegres y sus amigos.

La revelación increíble, prodigiosa, fué en Amsterdam, adonde le llevó otro aletazo de la vida. Así como en París, cerebro del mundo, no se niega *a priori* ningún talento, sino que, apenas anunciado, por extravagante que sea, se somete á comprobación su densidad para medirlo y justipreciarlo, en Amsterdam, donde se tallan las piedras preciosas, y en Amberes, donde se tasan, nadie se ríe de quien llega allá con la presunción de poseer una joya portentosa, por desastrado que el poseedor se presente. Sólo la inteligencia no es desconfiada. Y los habitantes de esas dos ciudades del antiguo Flandes son, por lo menos, inteligentes en piedras preciosas.

En Amsterdam aseguraron á Aurelio que el diamante de Yania podía valer alrededor de los doscientos mil francos. En Amberes, la Bolsa de los Diamantes lo tasó pericialmente en doscientos setenta y cinco mil. Mucho más de lo que Aldana—un rico de... casino español—habría de calcular más tarde, en el supuesto de que la piedra no fuera, como era á su infalible entender, falsa...

•••••

La vida de Aurelio y el amor pretérito de Yania cambiaron en absoluto de valor al conocer aquél el valor exacto de la alhaja. Su corazón se llenó del recuerdo, cada vez más acendrado, de la ventura no gozada antaño en toda su pura intensidad de desinterés. Aurelio comprendía—á tiempo aún, puesto que todavía no se había desprendido del anillo—que en adelante el tesoro de su espíritu, su único tesoro, no tendría otro valor que el que él supiera darle con su heroísmo para no deshacerse de aquel recuerdo. Ya no vivió más que para defender la fabulosa presea, el diamante rosa que cubría como un escudo de luz toda una falange de su dedo, y

era cifra y compendio de un pasado más bello cuanto más lejano é imposible. En sus veinticuatro facetas triangulares, de simetría perfecta, de milagrosas irisaciones de ensueño, Aurelio revivía, mirándose la enjoyada mano, las mejores horas del ayer...

Ensismado, abstraído, su exterior era cada vez más miserable, á medida que acrecían sus riquezas interiores, las de su contemplación constante, extática, del tiempo ido. Su existencia adquirió la sencillez cínica y heroica de los iluminados. Cierta del valor del diamante—del amor de Yania—no sintió ya jamás el temor al ridículo contraste entre su pobreza y la ostentación de la joya. Antes, la lucía como un lábaro, como el signo de su vocación amorosa, como la prenda de su consagración al recuerdo de Yania.

Así se repatrió, cuando un amigo de Franckfort le procuró una modesta colocación en España, «para ir viviendo». Llegó á Madrid con una exigua maleta de vencido y el diamante de los doscientos setenta y cinco mil francos rutilante en el dedo corazón de su mano izquierda.

•••••

Este relato tiene un final vulgar que no merece sino unas líneas escuetas. A los cuarenta y cinco años, Aurelio es un ente respetable y respetado en la buena sociedad madrileña. Barrigocete y algo calvo, vive exclusivamente para sus negocios: es director de una casa de Banca en lo mejor de la calle de Alcalá y miembro de varias instituciones perfectamente serias. Su familia—está casado y tiene dos hijos que se educan con los más ricos herederos de la corte—; su familia, digo, lleva una existencia espléndida. Nadie sabe el dinero que tienen. Sobre la palabra de Aurelio, Urquijo le firmaría un cheque por la cantidad que aquél quisiera. Sobre todo, si no pasaba del medio millón de pesetas. Solamente el estúpido solitario que luce en el anular de la mano izquierda—el dedo corazón le ha engruesado mucho en estos últimos tiempos—vale, al decir de los entendidos, cerca de los ochenta mil duros. Aurelio es popular en todo Madrid por el diamante deslumbrador, cuyos reflejos le preceden como el anuncio luminoso de su indiscutible potencialidad económica...

Sólo que—esto lo saben únicamente su mujer y el cuentista—el portentoso diamante rosa que da guardia de honor á Aurelio es falso. Falso «de los buenos», de los que lleva á diario todo el mundo en el gran mundo. Pero falso. La señora de Aurelio, de acuerdo con su señor padre le dió un buen día el cambio. Los veinte mil duros que recibió de un traficante de joyas, en Barcelona, el señor padre de la mujer de Aurelio, no fueron, después de todo, sino una restitución por tablas. Un año antes, el suegro de Aurelio había dotado á la mujer de éste en cien mil pesetas. Como necesitara esa cantidad de momento y no le pareciera delicado pedir-sela al yerno, pues...

Por lo demás, no importa. Nadie—ni el propio Aurelio—ha notado el cambio. Nadie—ni el mismo Urquijo—pondría hoy en duda el valor del diamante que constela su mano.

JUAN G. OLMEDILLA

(Dibujos de Manchón)



ESCOLIOS AL NO ARTE

AGONIA DE LA IMPOTENCIA GROTESCA

CRECE, afortunadamente, en el mundo la violenta repulsa contra los mixtificadores artísticos. De todas partes surgen las réplicas desdeñosas, las diatribas justas contra los obstinados ó los no enterados todavía. Ya no se trata de burlas que recibía el arrivismo desvergonzado de los que se llamaban á sí propios modernos y rebeldes, como un homenaje. Ya no estamos en el período de la desfachatez pseudo-crítica en que bastaba á un mozalbete impaciente ó á un cuarentón fracasado improvisar extravagancias rutinarias para obtener súbita nombradía entre los *snobs* dispuestos á enrolarse en cualquier novedad que no entienden. Ya está avanzado el crepúsculo de los negociantes que tenían á sueldo escritores y periodistas para defender las ignominias estéticas de los impotentes y de los incapaces.

Basta asomarse un poco fuera de España para convencerse cómo esa aparente suma de «novedades selectas»—que el grupo reducido de copistas y plagiarios de la extravagancia ajena intenta sostener aquí por lógicazón de vida ó muerte de su ineptitud estética propia—ya no inspira ni apenas risa al otro lado de los Pirineos.

Los escasos mixtificadores de algún ingenio ó de discreto talento que ayer pirueteaban con la forma y el color, se esfuerzan ahora en volver hacia el buen sentido.

Únicamente los que no tienen otra posibilidad de inspirar momentánea curiosidad que el escándalo, siguen pretendiendo llamar la atención con viejas audacias de tercer orden. Sólo aquellos convencidos de su «ilegalidad artística»

se resisten á perecer y á ser olvidados despreciativamente. La metódica organización de complicidades entre marchantes sin escrúpulos, jaleadores á sueldo, hambrientos de reclamo y señoritos que consideran el arte como un deporte más, se resquebraja y se deshace. Ni siquiera las turbas de americanos del Norte ó del Sur, de españoles aparentemente ricos por la supremacía de la peseta, las turbas de germanos ó procedentes de las nuevas nacionalidades postbélicas, sostienen y apoyan—con la bobalicona si-

mulación de inteligencia á que aspiran los rebaños de *snobs*—los últimos estertores y pataleos con que agoniza la impotencia grotesca.

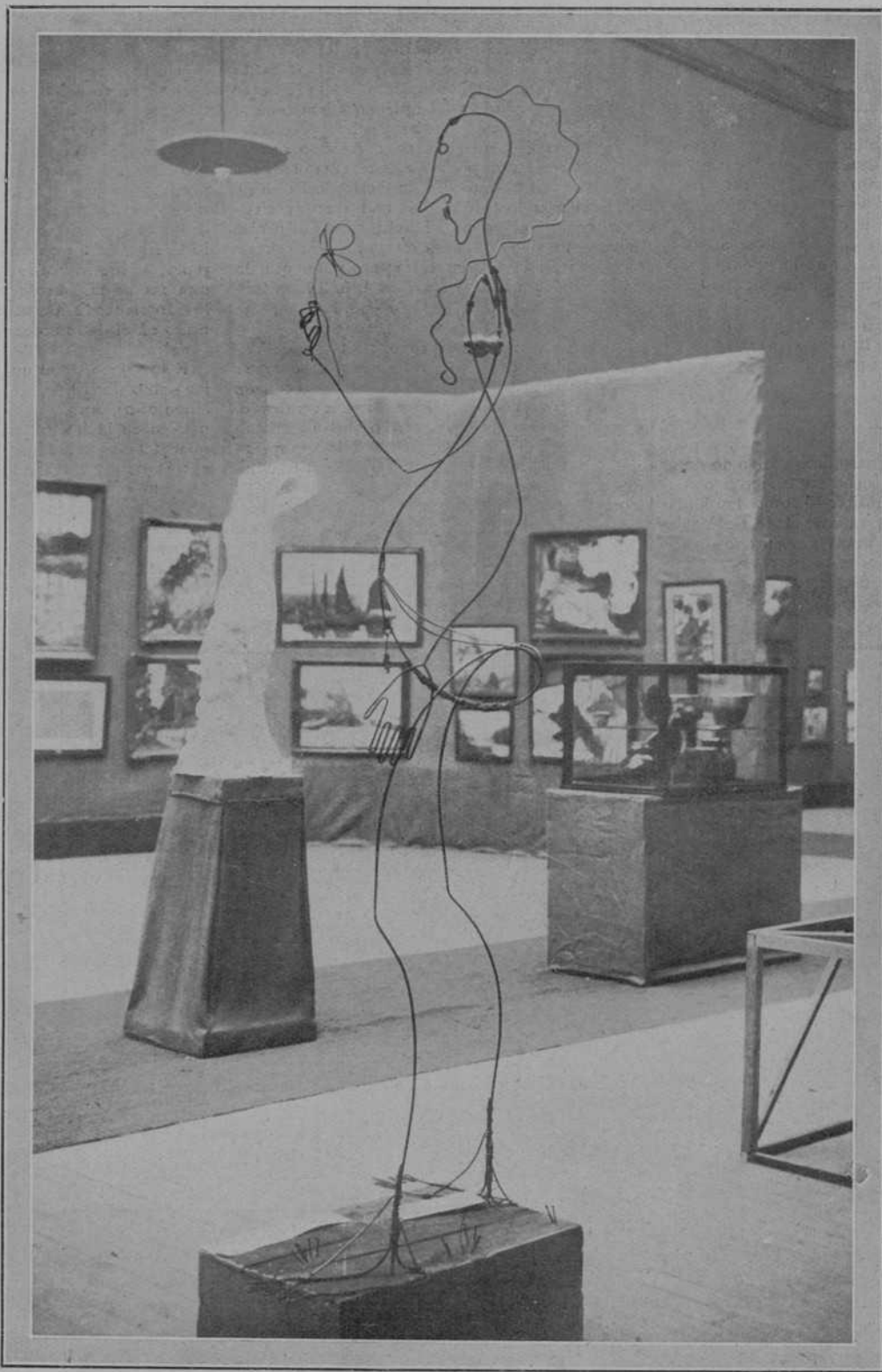
Todavía en España las dos ó tres docenas de comparsas y corresponsales gregarios del fracasado intento de embrutecimiento internacional por medio de cuadros que no son cuadros, esculturas que no son esculturas, versos que no son poesía y ciencia de charlatanes pedantes, arman algún ruido entre su público de señoritos vagos, señoritas tontilocas, menopáusicas enloquecidas y accionistas ingenuos del Gran Banco de la Impertinencia Prosopopéyica Hipotecaria.

Los jovencitos de provincias que sueñan con una cátedra de literatura donde añadir elogios á los nombres dictados por sus ídolos ó que sueñan con ser «incomprendidos» en las artes plásticas, son, respecto de Madrid ó Barcelona, lo que las dos ó tres docenas de parodistas á medio clasificar en estas capitales respecto de los de París, Munich ó Roma.

Y es justo que pensemos alguna vez en ellos ofreciéndoles ocasión de admirar las cada vez más aisladas

muestras de la Impotencia Grotesca en el arte extranjero.

He aquí, por ejemplo, tres esculturas del último Salón de Independientes en París. Hace unos cuantos años no hubieran llamado la atención, y se habría detenido ante ellas el tributo asnalmente serio de los «minoristas selectos». Hace más años todavía—aunque no muchos, porque en esto de las teorías de literatoides y artistoides ultramodernos se envejece muy de prisa y el tiempo pasa volando—se hubieran en-



Sutil fantasía alámbrica que haría las delicias de un fontanero y que se titula «Primavera» (con permiso de Boticelli)

furecido los candorosos visitantes que creían fuesen un peligro para la belleza inmortal la fealdad transitoria.

Ahora ni llaman la atención ni producen entusiasmo—interesado ó desinteresado—en los minoristas selectos, ni indignan á las mayorías sin seleccionar.

Están allí como una de tantas cosas ajenas al arte que figuran también á veces en las exposiciones: una escalera que se quedó olvidada; el trípode del fotógrafo que elige un cuadro para reproducir; el chisme antiestético contra incendios; etc.

En torno suyo se ve otras esculturas, otras pinturas normales de los «arrepentidos» y de los «consecuentes». Y el público no se da apenas cuenta de su pobre y triste extravagancia, llegada con tanto retraso.

La menos visible es esta sutil fantasía alámbrica titulada *Primavera*, sin permiso de Botticelli. No se crea que es el garabato de un aprendiz del taller de fotograbado sobre el clisé. Es una cosa puesta sobre un cajón al que le brotan unos clavos como símbolos de tallos verna-

con cierta infantil pretensión de expresar la estación florida. No se sabe bien si es un hombre ó una mujer. De hombre tiene algo que parece bigote, y de mujer, unos carretes aisladores, que por el sitio en que están colocados pudieran suponerse los senos. Pero nada más. Es asexual, ambigua, andrógina, esta figura de los Independientes, como la de tantos Dependientes de la Novedad que andan por esos mundos no sólo en primavera, sino en todo tiempo, y á los que se podría decir:

—Usted perdone, señorita: ¿es usted el hermano de su hermana, ó la cuñada de su cuñado?

Como avance ó *avant garde*, no se puede negar que esta *Primavera* lo es bastante. Deja atrás los arlequines y bailarines de hierro recortado de Gargallo ó el Picador hechos con tubos de estufa de Decref.

Pero si bien no es fácil que signifique una tentación para los verdaderos escultores, tendrá acaso la ventaja de despertar en algún fontanero aquellas insospechadas inquietudes estéticas que hicieron del consumero Rousseau uno de los faros pictóricos del arte ya hoy pasado de moda.

Diríase, en efecto, que un fontanero, luego de



Este monstruo, original de un griego moderno, significa tal vez la interrogación del alma contrahecha, brutalmente estropeada por unos cuantos estilicidas de la época actual



«Piano optical», rezagada muestra del futurismo y del picassismo de hace veinte años y que podría servir de perchero y paraguero (Fots. Marín)

trabajar durante un día desatascando distintas cañerías de desagüe en cuartos de baño, cocinas y otros sitios más recónditos, recibió *le coup de foudre* de la inspiración, y lo mismo que pudo enrollarse al brazo el alambre salvador de las aguas sucias, aprovechó sus caprichosas ondulaciones para crear la obra maestra de la escultura postmoderna.

Junto á esa *Primavera* excepcional nos deja un poco fríos esta otra fantasía plástica, advenida con bastante retraso. Es de los tiempos heroicos del futurismo italiano y del picassismo esperantista. Al trasatlántico deglutidor de dólares, á la *snobinette* acericero de morfina ó al sorbedor de cocó, este *Piano optical* de la señorita Rossine Baronoff le sonará deliciosamente. A los que están ya de vuelta de los futurismos y los cubismos de hace veinticinco años, les parecerá tan vetusto como la *Jugadora de bolos* de Bouguereau. Y cuando más, atraerá las miradas de algún buen burgués—sofocado por los desnudos elefantiacos que gustan de pintar los afiliados á la fealdad sistemática—, pensando en que podría utilizarle como percha donde colgar el gabán y el sombrero, y meter á secar el paraguas.

Sin embargo, lo mismo *Primavera* que *Piano optical*, están fuera del arte. La crítica no tiene nada que ver en ellos, y si el uno parece el sueño romántico de un fontanero, el otro es la pesadilla truculenta de un afinador.

Quando la crítica pudiera intervenir, sería frente á la monstruosa estatua ¿*Por qué?*, original de Antoula Demetriades.

Un griego, ¡oh, manes de Fidias y Praxiteles! Ese monstruo humano que avanza, desde vagas reminiscencias rodinianas, el impetu confuso aprendido en Kurt Kroner, interrogando con el ademán y con el título, ¿es una protesta?, ¿es un reproche?

¿Pregunta al pasado ó al porvenir? ¿Clama por el error que agoniza? ¿Discute el derecho á vivir de la impotencia grotesca?

Acaso es la interrogación del alma, contrahecha, brutalmente estropeada por unos cuantos estilicidas de la época actual que se rebelan contra sus torturadores estériles.

ALEGORÍAS ROMÁNTICAS

E L P I R A T A

BAJO el cielo añil, cúpula magnífica sobre el Mediterráneo, el bergantín, anclado, se posa como una gaviota. En el palo mayor flamea la grímpola roja, emblema de muerte, con su calavera entre tibias entrecruzadas, blasón del pirata.

El pirata tiene toda la arrogancia convencional de la leyenda: figura pleotórica de atleta, crespa cabellera, gesto irónico de desprecio al peligro, mirada aquilina, blanca sonrisa; en la diestra el cachorrillo; al cinto, la tizona y la siniestra mano crispada, tendida hacia el arca terrada que encierra el inevitable tesoro...

Alegoría expresiva que evoca ensueños de la infancia, relatos heroicos, la visión fantástica de un mundo lejano y perdido.

En los primeros balbuceos de la pubertad, cuando las trémulas iniciaciones en el colegio, cuando las náuseas del primer cigarrillo y la ilusión romántica de los paseos bajo los balcones de la primera novia, caían en nuestras manos, con los relatos de Julio Verne, los cuadernos que narraban las hazañas fabulosas de Barbarroja y de Dragut, las valentías y las generosidades de Dik Navarro y de Montbar...

Un mundo extraño y aventurero iba tomando realidad en nuestra imaginación. La vida, al conjuro de los absurdos novelescos, iba tomando ante nuestros ojos un aspecto de epopeya. Navegantes, viajeros, exploradores, piratas y bandidos, hijosdalgo emigrantes y capitanes de aventura formaban el cortejo ideal de nuestras ambiciones pueriles...

El sentido heroico de una existencia inquieta; el culto a la gallardía corporal, a la fuerza física y al valor sin tasa, dejaban sus posos en nuestras conciencias...

Todos aquellos piratas de las novelas eran altivos como emperadores, generosos y abnegados como santos, bravos como leones, implacables y justicieros como rayos de la cólera divina.

Las doncellas a punto de ser mancilladas por los bárbaros, las víctimas de la avaricia y de la suerte, eran salvados siempre en el momento definitivo de los holocaustos, por los piratas y bandidos protagonistas de las fábulas, siempre jóvenes, siempre generosos, siempre invulnerables como los antiguos semidioses...

El pirata de la novela realizaba, sonriendo perennemente, las más terribles hazañas; cautivas bellísimas libertadas, tesoros reconquistados, plazas inexpugnables tomadas por sorpresa en una hora...



En cada una de aquellas novelas, el protagonista encarnaba la superación de las más simpáticas virtudes humanas... Y en nuestras almas dejaban huellas profundas... Quién más, quién menos, en sus ensueños solitarios, anhelaba ser uno de aquellos héroes, se imaginaba serlo, y en los breves insomnios de la pubertad nos complacíamos en creernos piratas valientes e invencibles y en prolongar a capricho las dramáticas aventuras leídas en el cuadernillo de aquella semana...

Así como a los veinte años todos los hombres envidian a Don Juan, a los catorce ningún niño se conforma con menos que con ser un paladín aventurero...

La energía anímica que con la plenitud deriva al deseo sexual, en la pubertad adquiere una inclinación heroica...

Esta influencia patente de las novelas de aventuras sobre la espiritualidad de la infancia, es permanente. Apenas si cambian con el progreso de los tiempos los medios de sugestión.

Lo que antes estaba encomendado a los libros de aventura y las novelas «de capa y espada», ha sido luego patrimonio del cinematógrafo... La sugestión del *film* ha influido numerosas veces en cierta especie de criminalidad infantil... Ban-

das de apaches de doce y trece años, sociedades misteriosas y clubs de espezuznantes estatutos dedicados a hacer travesuras que de vez en cuando la policía ha descubierto, como pueriles caricaturas de argumentos de *film*, revelan esa profunda impresión que en los niños ejercen las películas...

Desde el clásico cuento de hadas, con sus varitas mágicas y sus tesoros enormes ganados por el único impulso de la fe, a las películas de *cow-boys* y las hazañas deportivas de hoy, todo parece dispuesto para producir en el niño una impresión errónea de la vida... En una imaginación infantil, los milagros de los santos, las hazañas de los héroes de fábula, los triunfos rápidos de los dotados de grandes fuerzas físicas, ejercen una malsana influencia.

Dan al niño un concepto falso de la existencia; le hacen imaginar la vida en un tono heroico y fantástico, le desfiguran y ocultan la realidad.

No vale lo que esos libros realizan como acicate de la imaginación, como ejemplo y estímulo de virtudes heroicas y del triunfo de la serenidad o de la audacia, por lo que también significan de desfiguración del orden normal de las cosas, de exagerada creencia en lo sobrenatural que nos lo dará

resuelto todo, o del culto al valor físico que cada vez tiene menos importancia...

Ahora, en España, y luego de unos años de oscuridad, vuelven a florecer y a ganar el mercado editorial los libros de aventuras... Ya se cuentan por docenas las publicaciones que semanalmente lanzan a la voracidad lectora relatos de aventuras heroicas, viajes, cacerías, crímenes célebres, fechorías de bandidos famosos...

Si los libros de viajes, con sus descripciones de tierras, faunas y floras exóticas; si las vidas, aun fantaseadas de personajes históricos, es lectura sobre deleitosa, instructiva y espolcadora de la imaginación, nunca será bastante el cuidado que se ponga para librar a los niños de fantasías sin germen de realidad y de excitantes morbosos para sus instintos impacientes...

No todos los escritores se llaman Verne, Kipling ni Wells... Si de toda creación artística la razón ha de ser el freno, en ese arte novelesco, dedicado principalmente a los niños, es imprescindible la ternura, el amor del padre al hijo, con su cuidado de evitarle todo riesgo.

JUAN FERRAGUT

(Dibujo de Palacios)



LA VIDA

¿Quién es más fuerte, la ola
ó la peña;
el que resiste en la lucha
ó el que golpea?

La roca, porque ella es todo
firmeza
y la ola sólo espuma,
que es como decir soberbia.

Entre la rama y el viento
que iracundo la cimbreo,
¿quién es más fuerte?; la rama,
porque el viento pasa, y ella
sigue en el árbol.

La vida,
más que pujanza, es firmeza;
resistir;
ser, más que espada, rodela.

Lo que pasa
nada deja;

persistir es lo que vale,
como en el surco la siembra.

Una ola y otra ola...;
pero no la misma; esa
virtud de ser siempre el mismo
la tiene sólo la peña.

Y la rama contra el viento,
que siempre es otro, y la siembra
que, mientras pasan los días,
perenne, bajo la tierra,
es una hasta que se hace
espiga de oro.

Firmeza;
sé siempre el mismo; que nunca
cambie por nada tu idea;
la ola y el viento pasan;
la roca y la rama quedan.

FERNANDO LOPEZ MARTIN

(Dibujo de Verdugo Landi)

MONUMENTOS ESPAÑOLES

LA CATEDRAL DE PALMA DE MALLORCA



Vista general de la Catedral de Palma

SOLEMNE y augusta en su ademán de bendición, con un gesto simbólico de doble apostolado, se adelanta sobre el Mediterráneo la Catedral de Palma de Mallorca.

Sus líneas austeras contrastan fuertemente con la plenitud vigorosa del mar.

Son dos fisonomías opuestas, y, sin embargo, íntimamente unidas con una ligazón de honda raigambre.

La Catedral señala un rumbo de alto nivel espiritual, que ha de seguir el alma soñadora. Ancho horizonte, dilatado espacio para volar en alas de esa divina inquietud que es Creencia y Amor.

La rigidez de su mole vetusta expresa en el silencio de su recogimiento una grandiosa confirmación de Eternidad, que parece salir al encuentro de todas las dudas y todos los temores, destruyendo la angustiosa interrogación con su propia sencillez diáfana.

El consuelo inefable de esa paz interior suaviza los dolores que dejaron su huella en el espíritu, profanado por todas las sospechas del alejamiento en largas jornadas de lucha y análisis.

La mayor sinceridad emotiva consiste en la propia condición ferviente, que se reintegra a la casa de Dios, frente a la absoluta verdad de la Naturaleza.

Esta íntima reconciliación hace gozar al alma la superioridad de su destino y llega a comprender que en una revisión de la concien-

Magnífica sillería del coro de la Catedral de Palma



cia, demasiado olvidada, puede consistir la tranquilidad de sus horas.

Así, ante la contemplación de esta Catedral de Palma de Mallorca, tan sugerente, tan interesante, todas las inquietudes reposan en un olvido voluntario, como si el alma peregrina gozase en el descanso de un anticipo de la Tierra de Promisión.

—O—

Abre el mar la infinita interrogación de su horizonte, que es un vaivén en cada destino.

Cantan las olas bravas de su costa una canción de vida y optimismo, y en cada estela que dejó una ruta realizada hay una invitación a navegar y una promesa de triunfo.

El camino del mundo se agiganta, hecho actividad, por el esfuerzo humano, positivo valor de la material, que tiende a mejorar, a superarse...

En el ambiente de insospechada diafanidad, el concierto de los dos caminos se traduce en armonía de acción e idea, en equilibrio de dos tendencias que no siempre coinciden.

El pensamiento y el sentimiento alcanzan su máxima perfección, junto a la alegría de vivir con plenitud consciente.

Esta contemplación meditativa, interregno plácido en la vida de lucha, calma inquietudes y desasosiegos, haciendo sentir la influencia que sobre nuestra raza de místicos y aventureros ejercen todas las grandezas divinas en contacto con las cosas humanas.

ROSARIO DEL OLMO



«El Carnaval en Roma», cuadro de Miel, existente en el Museo del Prado

EL Carnaval ha sido siempre motivo de inspiración para los pintores que, en épocas más felices para la fiesta, encontraron en ella una rica y vibrante policromía muy propicia para mostrar el rico caudal de sus paletas. Más que ninguno fué pintado el carnaval de Venecia; pero son

muy interesantes los documentos pictóricos que perpetúan escenas del carnaval romano. De ellos reproducimos en estas páginas dos: uno existente en el Museo de Madrid, y otro moderno. Ambos reflejan perfectamente la época á que corresponden, y el cuadro del Museo del Prado trae á la



*El Carnaval de Roma fué siempre
uno de los más famosos del mundo*

*"El Carnaval en Roma", cuadro
original de Juan Antonio Benlliure.*



«Mascarada patinando», cuadro de Alflott, existente en el Museo del Prado

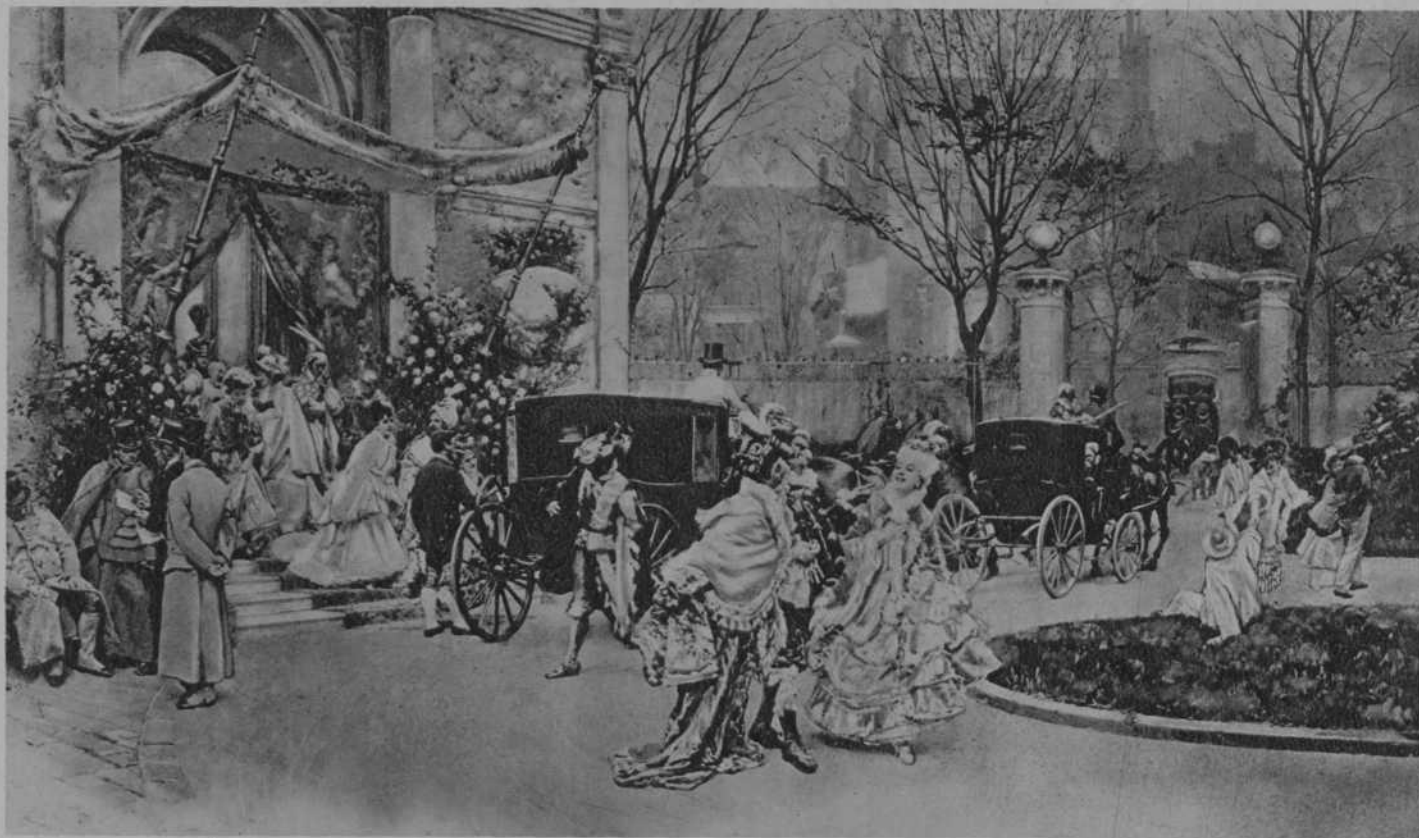
memoria la descripción, puntualísima y detallada, que del carnaval en Roma hizo en su *Viaje á Italia* el autor de *Fausto*.

La alegría del Carnaval en la Ciudad Eterna está más exactamente reflejada en el cuadro que reproducimos en doble plana. Todas las figuras aparecen en él muy visiblemente regocijadas, y

se ve que el pintor ha querido mostrar el período álgido de una de aquellas luchas de confettis—de los confettis primitivos—que por su encarnizamiento podríamos calificar de homéricas. En uno de los extremos de la tribuna aparecen muy visibles los clásicos cestos de mimbre dorado en que los romanos llevan sus municiones para esas

batallas, que aún presenciamos en algunas provincias españolas. Del Museo del Prado reproducimos también un cuadro de Alflott, *Mascarada patinando*, muy interesante.

También lo es, pictórica é históricamente, el cuadro de Raimundo de Madrazo, *Salida de un baile de máscaras*.



«Salida de un baile de máscaras», famoso cuadro de Raimundo de Madrazo

Recuerdos del Segundo Imperio Napoleónico

Qué constante sino trágico persigue á los imperios históricos que se deshacen al primer vaivén contrario que sufren?

No parece sino que los imperios, como creaciones personales de caudillos afortunados, están sometidos más que cualquier otra forma de gobierno á las mudanzas de la vida y la fortuna de sus creadores.

César, Darío, Alejandro, los dos Napoleones, todos los creadores de imperios, no lograron dar carácter de fijeza histórica á sus difíciles concreciones políticas, debidas siempre á la fortuna de sus espadas victoriosas.

Y por este concepto, ningunos imperios más breves, efímeros é inconsistentes y paralelos que los dos napoleónicos.

Si Plutarco hubiera asistido al vivir y derrumbamiento de ambos imperios, los hubiera calificado de paralelos como las vidas de los caudillos de la antigüedad de las que hizo feliz biógrafo.

El tercer Napoleón no parece sino que tuvo por constante norma de su actuación la sombra de su tío, sin percatarse que un afán tan desmedido de imitación debía engendrar forzosamente un desenlace igual por la fatídica fuerza del destino.

Quiso intervenir sin ton ni son en los asuntos políticos de todo el mundo y en el breve espacio de tiempo que duró su imperio enzarzó á Francia en inútiles empresas guerreras, como la campaña de Crimea el año 1854 en favor de Tur-



Napoleón III, en la época de su apogeo

quía; la campaña de Italia en 1859 en pro de los intereses del ambicioso reino de Cerdeña, que aspiraba á la legítima unidad italiana y á la expulsión del invasor austriaco; la desastrosa aven-

tura de Méjico en favor de la imposición del trono del emperador Maximiliano de Austria.

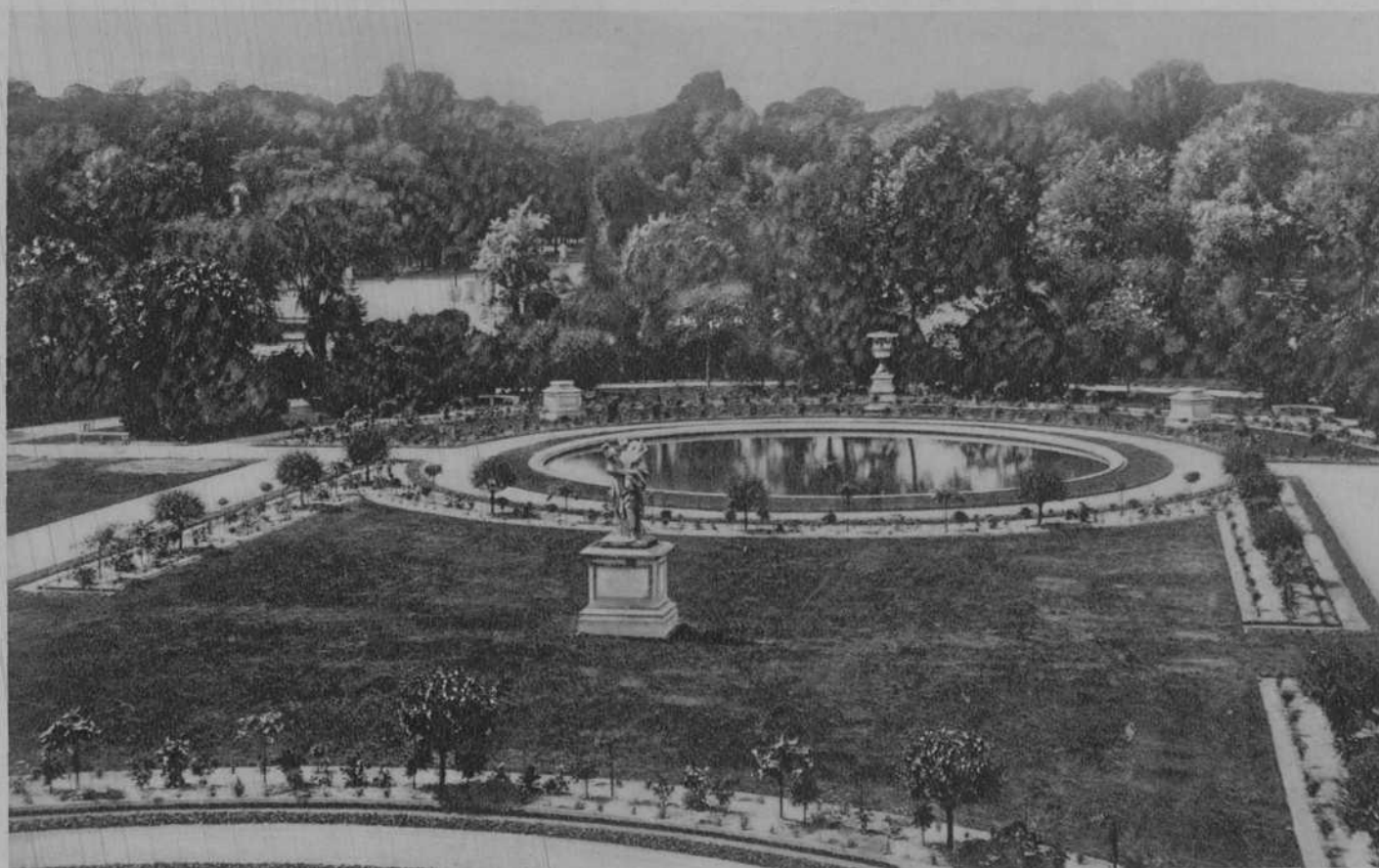
Y en esto se descubre el constante afán del tercer Napoleón por imitar al primero, pretendiendo crear monarquías protegidas debidas á su iniciativa. El fracaso fué bien merecido, pues resultaba algo paradójico imponer en América, país nuevo de libertad, las formas arcaicas de gobierno.

Y hasta en Asia intervino, combatiendo, de 1857 al 60, en China, y apoderándose de la Cochinchina, en 1859-62, con el concurso de tropas españolas destacadas de Filipinas.

Una habilidad cierta hay que reconocer en Napoleón III, y es que en todas sus actuaciones exteriores supo buscarse el apoyo de importantes potencias. En efecto, en Crimea logró reunir el concurso de Inglaterra, Turquía y Cerdeña. En Italia actuó con el reino del Piamonte; en China fué con Inglaterra, lo mismo que en Méjico, donde además cooperó España, que también le prestó ayuda en la Cochinchina.

Se le achaca el quijotismo de todas estas andanzas guerreras, de las que Francia no sacó provecho alguno, actuando únicamente por el capricho de su Emperador, que quería ejercer la hegemonía europea y jugar un papel político decisivo en la historia.

Solamente faltaba la actuación de Napoleón III en África, y como las depredaciones fronterizas de la poderosa cabila de los Beni-Znatin, los



Melancólico rincón de los jardines imperiales de las Tullerías



herederos legítimos de los famosos zenetas de nuestra historia, dieron pretexto a una expedición de castigo, en 1859, que dirigió el general Martinprey, pudo ufanarse el pequeño Napoleón de haber llevado las armas francesas a cuatro continentes, ó sea uno más que su tío que no había intervenido en América.

Pero el desmedido afán de actuar en la política europea á título de primera figura, hubo de costarle su ruina cuando con motivo de la candidatura del príncipe de Hohenzollern al trono de España se enfrentó con el insospechado poder militar de Prusia, que tras haberse ensayado victoriosamente en las breves y decisivas campañas contra Dinamarca y Austria, seguía una trayectoria definitiva hacia su encumbramiento en los destinos de Alemania y Europa que había de durar hasta 1918, confirmando, con la destrucción de los imperios centrales á consecuencia de la guerra mundial, la eficiencia efímera de los imperios cuya base de aglutinación no obedece á más razón fundamental que la fuerza que les dió origen y vida.

El Imperio de Napoleón I feneció á los embates de la fuerza en Leipzig primero y en Waterloo después; el del tercer Napoleón tuvo su epílogo en Sedán, lo mismo que el alemán, que se nutrió de la ruina del francés, pereció á su vez en los campos de Francia, antaño recorridos victoriosamente de 1870 al 71.

La misma trayectoria siguen en su destino los imperios todos como instituciones inaptas para el régimen de los pueblos, porque se asientan sobre el efímero poder personal de sus creadores.

En un viejo álbum familiar encontré las adjuntas fotografías de la época, en las que el balbuciente arte comenzaba á definirse como conservador fiel de las páginas históricas, cual documentos inapreciables que se ponían á disposición de la posteridad.

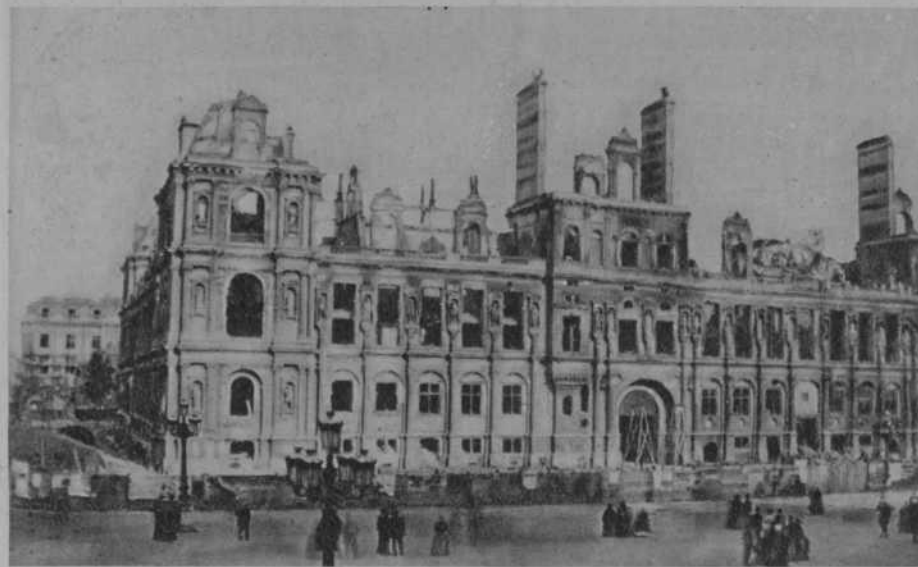
Los efectos de la destrucción del Hotel de Ville de París por los obuses de 24, que era un calibre formidable en 1871, y de la contigua calle de Rivoli, son leves desperfectos comparados con



Aspecto de la calle de Rivoli, de París, cerca del Hotel de Ville, después del bombardeo de 1871



La columna de la plaza Vendome, pocos momentos después de su destrucción en 1871, al ocurrir el derrumbamiento del Imperio del tercer Napoleón



El Hotel de Ville de París, en el estado que quedó después del asedio de 1871 por los alemanes

la pulverización total de los edificios por la artillería de la Gran Guerra; la columna destruida de la Plaza Vendome, símbolo napoleónico por excelencia, son documentos fotográficos históricos de valor inapreciable que nos hablan del inconsistente valor de la grandeza napoleónica. El ídolo erigido sobre el más alto pedestal parisino vino abajo con estruendo de catástrofe. Otras nos recuerdan los tiempos esplendorosos del apogeo imperial, con sus fastuosas comitivas, cuando á raíz de las victorias de Italia (teatro también de las más felices jornadas del primer Napoleón) el imperio francés irradiaba su poderío y grandeza como rayos de gloria.

Las melancólicas avenidas de los jardines de las Tullerías, escenario de fiestas suntuosas, reflejan la tristeza infinita por el efímero desaparecido Imperio.

Napoleón III no pudo sobrevivir más que tres años á su tremendo infortunio, y expiró en Chislehurst, en Inglaterra, en 1873, dejando un heredero como esperanza de un tercero y malogrado imperio napoleónico, que no llegó á lograrse, sin duda por el ciego acierto de un salvaje africano que al dirigirle la flecha envenenada que acabó con su joven vida, no supo tal vez lo que varió el curso de la historia de Francia. Porque Francia es la nación de la revolución, de la enciclopedia, de la libertad y de cuantas conquistas democráticas quieran atribuírsele. Pero en el curso de la historia siempre ha demostrado ser el espíritu francés de un imperialismo rayano en la xenofobia, aun cuando se toque con un atavío republicano; y en el fondo de todo buen francés late una viva admiración por el genio corso que tantos días de gloria militar supo dar á Francia, de cuyo fetichismo supo aprovecharse el tercer Napoleón para restaurar el fenecido imperio bonapartista y mantenerlo durante veinte años como galvanización del verdadero gran imperio napoleónico que creara, con su espada, el mayor capitán del siglo XIX.

GUILLERMO RITWAGEN

LAS IGLESIAS GÓTICAS DE PARÍS



Interior de la Sainte-Chapelle.—«El relicario», magnífico ejemplar del siglo XVIII

LOS CENÁCULOS LITERARIOS EN PARÍS

UN MOMENTO DEL SIMBOLISMO

Los literatos franceses son cada día más aficionados á recordar las épocas culminantes de la historia literaria del siglo XIX, y no pasa semana sin que aparezca un libro de recuerdos en que vemos revivir las más grandes figuras de las épocas más brillantes de esa historia. Hace poco comentábamos un libro en que se hablaba del cenáculo famoso á que tan arbitrariamente llamaron sus creadores *Los hidrópatas*. Hoy podemos hablar de otro libro semejante, el de M. André Fontainas, rotulado *Mes souvenirs du symbolisme*.

Paul Souday, el gran crítico de *Le Temps*, ha comentado ese libro, y ha puesto el aval de sus propios recuerdos á los transcritos por Fontainas.

También Paul Souday conoció á Verlaine, como todos los literatos de su época, por lo demás; Verlaine era un hombre absolutamente público—si puede decirse así—. Cualquiera podía encontrarle, conocerle y muy pronto beber con él el amado ajeno.

Souday cuenta que tomó con el padre del simbolismo muchos ajenos en el *Café de Francisco I*, en el boulevard Saint Michel, frente á la verja del Luxemburgo. En poco más de cien metros á la redonda podía encontrarse á cualquier hora á Verlaine; si no estaba en Francisco I, estaba en una taberna—así decimos en español—de la rue Saint Jacques, esquina á la rue Soufflot, ó en un entresuelo de la rue Gay Lusac, y siempre ante una copa del licor verde que dió su nombre á una hora de París, y aun para el poeta á todas horas era bueno.

«Le dejábais á las ocho ante un ajeno; os baís á comer, y á las diez ó á media noche le encontrábais indefectiblemente ante otro ajeno...», ha dicho Souday, y así era.

*O verte, verte, combien verte
Était mon âme ce jour-la!
C'était on eut dit, un absinthe.
Prise, il semblait, dans un café
Par un mago très échauffé
En honneur de la Vierge sainte...*

escribieron Gabriel Vicaire ó Henry Baclair pintando al poeta, aludiendo á su conversión y encaminándose á tomar el ajeno por representación del simbolismo. Vicaire era poeta también; pero no bebía ajeno, sino Amer Picón, sin duda porque él no era simbolista y creía este aperitivo más estomacal...

Fontainas, para demostrar la continuidad de las escuelas poéticas francesas, recuerda que los dos padres del simbolismo, Verlaine y Mallarmé, comenzaron siendo parnasianos. Después, avanzando en el camino del ideal, fundaron

Barrés estaba entonces en plena fiebre simbolista, y nada hacía presentir que más tarde, desdeñando

el simbolismo y consagraron á los grandes sacerdotes de él.

Fontainas y Paul Souday recuerdan, por ejemplo, la consagración de Moreas en un banquete en el Hotel des Sociétés Savantes, siempre en pleno barrio Latino, en la rue Serpente, á cien pasos del *boul Mich*.

Allí ofició de consagrante Mallarmé, que no era completamente del barrio, pero solía frecuentarle; Mallarmé tenía su cenáculo al otro lado del Sena, en la rue de Roma, y allí «sentía» los martes, en reuniones puramente poéticas, llenas de ideal. Souday confiesa que, por ser demasiado joven, no trató á Mallarmé, que era muy acogedor, sin embargo. La juventud llevaba á Souday á emplear sus veladas «más anacréonticamente».

El banquete á Moreas, al que se llamó banquete del *Pelerin passion*, tuvo por motivo la publicación del hermoso volumen. Anatole France había exaltado en un artículo de *Le Temps* aquel libro que, según parece, le había hecho conocer Charles Maurras, y Maurice Barrés y Henry de Regnier fueron organizadores de la fiesta. Barrés estaba entonces en plena fiebre simbolista, y nada hacía presentir que más tarde, desdeñando

También lo sabía Mallarmé, y por eso pronunció un brindis—la consagración—breve y sucinto, que Fontainas ha copiado en su libro.

«Á JUAN MOREAS:

el primero que ha hecho de un banquete la consecuencia de un libro de versos (tránsito favorable) y reunido para festejar el *Peregrino apasionado* toda una juventud auroral con algunos viejos.

Este brindis, en nombre del caro Verlaine ausente, de las Artes hermanas, de muchos periodistas y en el mío de todo corazón...»

Verlaine, efectivamente, no asistió al banquete; por desgracia, no le retenía aquella vez el constante ajeno, sino una de sus pertinaces enfermedades, que le postraba en el hospital...

El hospital y el café..., los dos hogares de Verlaine... France, Barrés y tantos otros los tuvieron mejores.

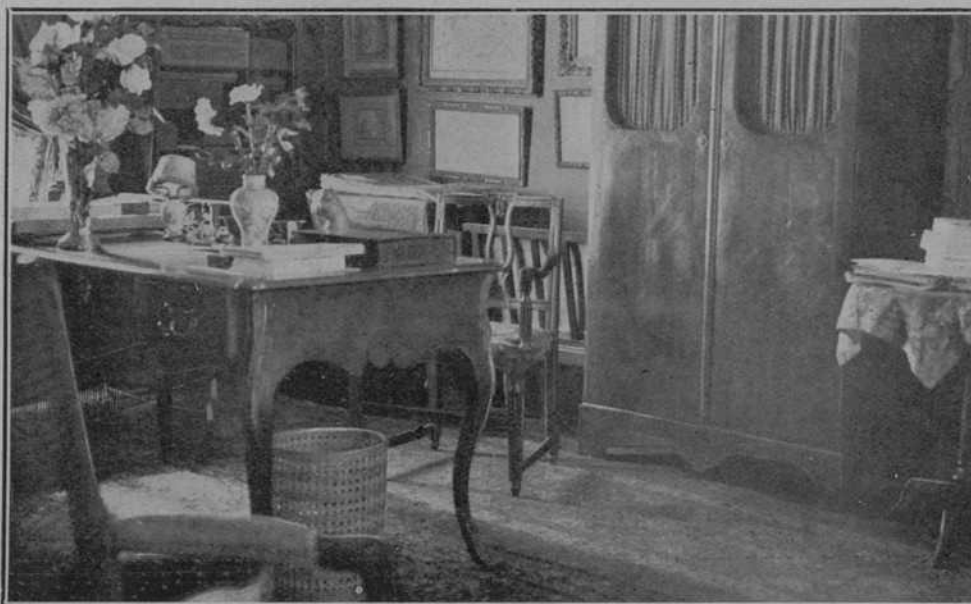
D. T.



Maurice Barrés, más refinado, tenía ya una cuidada y cómoda biblioteca por cuarto de trabajo



Paul Verlaine prefería á su hogar, cuando le tenía, un bar del «boul» Mich



Sobre la mesa de trabajo de Anatole France, en un estudio cómodo, había siempre flores, y en torno de la mesa cuadros selectos

ACABA DE PUBLICARSE

« SACERDOCIO »

NOVELA DE ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Antonio de Hoyos y Vinent, novelista inquieto, con inquietud que es más honda aún en su espíritu, ha publicado una nueva novela, «Sacerdocio». El mismo autor se pregunta si su obra es moral ó inmoral, y para optar por la afirmativa tiene que explicar en qué sentido puede hacerlo... Hay en esa obra un estudio interesante de una figura y de su «caldo de cultivos», según la expresión del mismo Hoyos y Vinent. Del comienzo de este estudio tomamos los párrafos siguientes:

Ríos: Céspedes:

—Mire usted, si quisiese hacer un chiste, le diría que lo peor de cada casa. Ahora bien, hablando en serio, he de confesarle una cosa: en síntesis, el contenido de la burla es real. ¿Qué gentes van?... De todo; no faltan personas de talento, y aun geniales algunos, deslumbrados, más que por el te y las pastas (razones absurdas é idiotas que la estupidez del público se empeña en ver, tal vez sin creer realmente en ellas, siempre que un genio pobre se aproxima á los detentadores del dinero que aún hay en el mundo), por las coronas y los escudos que en ninguna parte tienen más prestigio que entre los revolucionarios. Con ellos algún consagrado viejo que, arrumbado ya, sin retorno posible, en el museo de prehistoria, siente la necesidad de hablar, hablar aunque no le escuche nadie; algunos adolescentes enfermos de literatura... Ya sabe usted que el genio es una enfermedad; lo que tiene es que males parecidos matan á un animal, y perdón por la clasificación, y en otro se convierten en una perla.

—Pero á lo que yo tengo entendido, los duques son severísimos; la historia misma de Novales, que ha contado usted, lo atestigua en lo que al duque se refiere; no comprendo entonces...

—¿Cómo reciben á esa gente en su palacio?... Pues no la reciben. Les recibe Tolo en su pabellón. Porque cuando el heredero comenzó á hacer incongruencias, el primer impulso del padre fué extirpar la mala semilla. Hubo cuestiones espantosas en que volaban los platos y se tambaleaban muebles y estatuas. Pero cuando Santiago se convenció de que no podía nada, de que la fatalidad era más fuerte que él, como adora á su hijo unigénito, vencido, impotente para dominar, fué cobarde y optó por no creer. Tolo declaróse artista, inadaptable, rebelde, y entre dejarle ir á correr los riesgos del pleno aire perdiendo al hijo, ó claudicar, optó por esto último y construyó en pleno parque un pabellón, su *Triánón*, como dice él.

Pero, en fin, dentro de un minuto vamos á saber si nos espera en la respetuosa soledad debida ó si caemos en lo que con pintoresca ironía llama su aquelarre.

El coche, tras un rápido viraje, cruzó la puerta de hierro abierta de par en par y penetró bajo la cúpula que árboles enormes formaban con sus copas, dejando todo en una vaga penumbra entre crepuscular y otoñal.

El palacio de Ayacuchos adolecía de un defecto formidable: la fantasía y las vanidosas pretensiones del constructor habían ido mucho más allá que la realización. Lo mejor, indudablemente, era el parque ó jardín de regias proporciones, que denunciaban á la legua dos cosas: una, el encarecimiento del terreno, pues en tal lugar, y en los tiempos que corren, sería imposible ocupar tal superficie, y la otra, el rápido engrandecimiento de Madrid, que había dejado en plena población extensos predios, antes de marcado carácter rural. En la parte delantera de la finca, dando vista á la moderna avenida, el mal gusto de las postrimerías del siglo XIX había levantado el caserón de ladrillo rojo, con portada, balcones, columnas, relieves y adornos de piedra. Con ironía, al ver surgir el enorme armatoste, los madrileños, siempre guasones, habíanlo bautizado el Versailles de don

Heliodoro, nombre del abuelo constructor del inmueble, que se conformaba entonces con un Pérez, aunque ya le habían añadido un Campeador, en espera de la corona y el escudo que llegarían, pues para todo daban de sí las cacerolas de aluminio del negocio heredado del bisabuelo quincallero.

Cuando Tolo, previa la afirmación de la fealdad y mal gusto del presuntuoso armatoste arquitectónico, declaró que quería un pabellón suyo, á su gusto, le dejaron, y como no era cosa de escatimar dinero al heredero, abrieronle la bolsa. Tolo, con mejor gusto, pero con afroz banalidad femenina, hizo en su rincón del parque un palacete ó pabellón de mármol rosa: su



ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
Ilustre autor de la novela «Sacerdocio», recientemente publicada

Triánón. Allí, si no jugó con corderillos lazados de azul y rosa y no tuvo su Lamballe, su Póignac y su Fersen, recibió á Melpómene Leteo, la formidable escritora feminista de los ciento diez kilos y el alma errante de golondrina; á Euterpe Faldilla, la creadora de los cantos dionisiacos, que pagaba al precio de su virtud la inserción de sus versos en la Prensa, y á Ulises Castaño, áquel chico mitad poeta y mitad deportista que se había ido ya al África central una vez y á Centroamérica otra, á rehacer su vida... y á traer un puñado de pesetas.

—Sientó decirle—previno Céspedes—que hoy debe haber el completo. Mire usted cuánto coche. Una berlina de caballos, un Rolls Royce, un Avion Voisin, dos taxis... Y teniendo en cuenta que la mayoría de los concurrentes á estos guateques, por modestia cristiana usan el coche de San Francisco, pues un lleno.

Habían subido dos ó tres escalones sin que las sombras que iban invadiendo ya el jardín dejasen á los visitantes percibir los detalles banales de la fachada del edificio bautizado por Tolo con el pomposo nombre del palacete que alzara el capricho de la desdichada Marie Antoniette, y la antesala ó vestíbulo causóles, á decir verdad, buena impresión, á que contribuía el empaque de criados de casa grande, de los dos lacayos atléticos vestidos con la librea verde de los servidores del palacio ducal de Ayacuchos. Era la pieza amplia y cuadrada, con las paredes de estuco rosa imitando mármol, y por todo asiento bancos de nogal con cojines de pana verde. El cuarto siguiente no sólo no destruía la impresión, sino que más bien acrecentábala. Era también de nobles proporciones, pero con artesonados y maderámenes (*boiseries*) pintados de gris, así como los muros, sobre los que se destacaban varios retratos de empolvadas damas y encasacados caballeros con chorreras de encajes y espadín, que podían atribuirse sin grandes escrúpulos (y el dueño del pabellón atribuía los con tranquilidad absoluta) á La Tour, Boucher ó Fragonard. En este cuarto, cortinajes y almohadones eran de damasco color botón de oro.

Incapaz de callar sus impresiones, el nuevo visitante observó:

—Pues hasta ahora no me parece mal...

Hizo Céspedes un gesto ambiguo que parecía querer recomendar paciencia, encarecer calma, hasta documentarse con nuevas observaciones:

—Sé lo que va á decir... Paciencia; ahora verá un cuarto que podría compararse al de Barba Azul, y que siguiendo la broma, farsa ó trastruque, y decidido á estar á tono con la época, su propietario llama...

No pudo concluir porque, abriéndose la puerta, el dueño, Tolo Ayacuchos, precipitóse á su encuentro:

—Doctor querido... Ilustre maestro, es para mí una honra grandísima.

Luego detúvose, y con súbito viraje espiritual, á que era muy aficionado, excusóse:

—¡Perdón!... Les tengo aquí... Pasen á la cámara de Cagliostro... Justamente la cubeta de Mesmer ha jugado ya y todos están en trance de videncia...

Era Tolo Relapsos de Coria, *el duquesito*, un arrogante mozo, quizá un poco teatral ó afectado, tocado de levísimo adamamiento. Muy blanco, muy rosa, muy rubio, los ojos azules, de porcelana turquesa, *ojos de color de cielo*, miraban lánguidos, irónicos ó asombrados, cereados de largas pestañas tocadas de *Rimmel*, raramente expresivos; *siempre jugaba los ojos* demasiado, con una intensidad de expresión propia de actriz ó prostituta, mientras los labios purpúreos, acordes á tales maniobras, sonreían mostrando la cegadora albura de los dientes, y con gesto que se diría un tic nervioso, echaba hacia atrás la rizada onda de cabellos de oro, empeñada en caerle sobre la frente. Sus manos largas, finas y delgadas, con las uñas de laca roja—una esmeralda digna de Nerón en la derecha—, accionaban sin cesar mimando ademanes acariciadores, despectivos ó denegadores. Sus gestos todos eran armoniosos, tan armoniosos, que creíanse obedientes á un ritmo interior; gestos fugitivos de danza, aunque un poco lánguidos y desmayados, como hechos con un esfuerzo consciente y musical, amplios, redondos, abarcadores, gestos de bailarina, sin resolución ni firmeza. Vestía con rebuscada elegancia—telas blandas, colores desvaídos, líneas—, tratando de resaltar la musculatura de deportista, sin dar rudeza á las líneas ni hacer perder al cuerpo la feble elegancia de retrato de la escuela inglesa; un Reynolds ó un Gainsborough.

DEL PINTOR DE LOS HONRADOS FERVORES

Una visita al estudio de Gabriel Morcillo en la Alhambra.-Hablando con el maestro



Detalle del cuadro «Los pastores», obra del insigne pintor Morcillo

PERSONAS existen que nacieron para aborrecer sin tregua; pero, en cambio, hay otras á quienes dijérase falta tiempo y aun espacio para hacer que se desborde, con abnegada generosidad, la catarata (fecundativa esta vez y no arrolladora) de su amor ilimitado.

Contad á Morcillo entre estas últimas.

Ha tiempo repercute ingrata en mis oídos la pueril leyenda con respecto á este insigne granadino honrador de España: Morcillo, inadaptable; Morcillo, misántropo...

¡Bah! Es que el artista nato repele por temperamento las vanidades enmascaradas de falsa vocación, puesto que si ésta es sincera, exige lucha, apartamiento.

Si se anhela arribar á la sana cumbre definitiva, no debe uno detenerse, absorto, remiso, en el valle cautivador de tales vanidades. Urge ganar peligrosos desfiladeros, hollando, si es preciso, la dura peña que conduce á las alturas. Más exactamente: *Ad augusta per augusta*.

El Arte es cumbre, cumbre áurea. Gabriel



GABRIEL MORCILLO

Morcillo, el maravilloso colorista, no lo ignora, y, por lo mismo, no se detiene, no se distrae en la estrepitosa alegría de las doradas ciudades, como dijo otro Gabriel ilustre: Gabriel y Galán; pero el gran pintor no se deja ofuscar en sus propósitos ascensionales por ese oro rutilo, deslumbrador, que ofrece el pináculo. Sube á él movido por esa fuerza impelente de un ansia de superación, jamás estimulado por el lucro anexo á la altitud...

Ya él me advierte, refiriéndose á su pintura:

—Aún queda mucho por resolver.

Y, sin embargo... Hay en la pintura de Morcillo una tan portentosa inspiración, que de ella emana, como lógica consecuencia, la culminación de la más arrebatada fantasía concebible. Dijérase que el asunto va á esfumarse como un sueño por cima del egregio dintel de las molduras. Es un plasticismo esencial; es todo el espíritu del artista plasmado en la obra, como si el autor quisiera fundirse en los mismos polí Cromos crisoles por él creados.



«El dios de los frutos»

Morcillo, alma de introversiones fecundas, de espíritu fuerte, logró imponerse al mundo desde su glorioso retiro; pero antes empujó su propia voluntad en la peligrosa rampa de los heroísmos de la vocación. ¡Oh, sí!... El sonrió antes..., á pesar de que sus labios estaban resecos de amargo cansancio; él cayó desfallecido y alzóse heroico; él, en sus principios, vió con lágrimas en los ojos la invalidez del padre... Y él, en fin, pudo decir, como Cristo en el Calvario: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me abandonas?

Pero para que se cumpliera la profecía de que los que lloran son bienaventurados porque ellos serán consolados, la divina Misericordia fué grandemente generosa con el maestro, con el ínclito granadino. Sus pinceles fueron su panacea y su enaltecimiento.

Benavente ha dicho que para que el Arte nos lo dé todo, tenemos que darle la vida.

En su estudio de la Alhambra hablo con Morcillo, y me dice:

—No he salido de mi patria. No amo la aventura, no creo en el falso ambiente de la ciudad. Soy un poco árabe; adoro sin ambiciones mundanas el retiro en que vivo. Y ya ve usted, ¡gran dolor es el mío tener que desprenderme de mis obras queridas! Pero el diario alentar tiene sus exigencias: el padre, el hogar matrimonial, los hermanos... No ambiciono sino un libro, un árbol y un piano..., y que pasen los demás; porque no soy egoísta. Muy al contrario, yo no estoy satisfecho de mi obra, se exagera mucho, créalo usted...

Así es Morcillo.

Hablamos de otras cosas, de cubismo una de



«Bacos», cuadro de Morcillo



El «Príncipe Ahmed», de los cuentos de Washington

ellas, y para el cual tiene D. Gabriel un concepto de incredulidad.

No. No es un misántropo este formidable pintor que vive como un santo anacoreta en su *carmen* de «Nuestra Señora del Rosario». Es un ser consciente de su misión artística, un alma grande con plétora de cordialidad para sus deudos, para la Naturaleza, para su patria, para su profesión; para, en fin, todo lo que no sea marrullería y memez.

Y tanto es así, que al hablar de modernismos extravagantes, decíame:

—Mire usted: todo lo que no sea sentir el ramalazo de profunda emoción..., lo demás no vale la pena, créalo. Beethoven, Chopín... Esta es la verdad. Y en pintura y en todo lo mismo.

Es indiscutible que el intérprete plástico de las famosas narraciones de Washington Irving, el insigne autor de *El príncipe Ahmed*, de *Albayzin*, de *Anacréontica* y de infinidad de maravillas, dice, como el testigo en las audiencias inglesas, «la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad».

Y es que Gabriel Morcillo es el pintor de los honrados fervores



«Estío», obra del pintor Morcillo

SOLLY AZAGURY





Diversos tipos de caretas actuales. Faltan, naturalmente, las caricaturas de ministros en boga hace años

AÚN HAY FÁBRICAS DE CARETAS EL ETERNO CARNAVAL

Aún hay fabricantes de caretas! La decadencia del Carnaval, al que no reaniman completamente ni aun los balones de oxígeno con que pretenden darle nueva vida los hoteleros de las ciudades clásicamente carnavalescas, no ha logrado extinguir la especie: ¡aún hay fabricantes de caretas!

Tal vez no los hubiera si la fabricación de caretas fuese una industria independiente y principal; pero no es tal, sino subordinada: una subindustria, como si dijéramos, puramente temporal, y cada año que pasa, más efímera; los fabricantes de muñecos de cartón cambian de moldes durante un par de meses, y en lugar de fabricar peponas ó niños llorones, fabrican máscaras, que sólo muy remotamen-



Primera etapa de la fabricación de caretas: Sacando la reproducción del molde

te pueden recordar las del teatro clásico.

El procedimiento es siempre el mismo: un molde de escayola dura; la estracilla vertida en él; el vacío blanco ó ligeramente grisáceo que luego es necesario pintar para acentuar, subrayando el gesto, la expresión que el escultor quiso fijar; el barnizado final, si la careta es fina, y nada más.

El único signo de extinción de esa industria le da la invariabilidad de los modelos: lo que tenía de más esencialmente artístico ha desaparecido totalmente; no se hacen moldes nuevos, y los fabricantes se limitan á reproducir los viejos, viejimos, á los que ni siquiera logran dar variedad los modestísimos pintores que tienen, por otra parte, muy limitada su fantasía.

En tiempos mejores para el Carnaval, tal vez tristes para la Humanidad, que necesitaba regocijarse á fecha fija, el arte intervenía más directa é inmediatamente en la fabricación de caretas: los escultores hacían modelos nuevos, que generalmente respondían á sucesos de actualidad ó repetían figuras del momento. La sátira tenía en aquellos tiempos un valor que ha perdido, tal vez por falta de expansibilidad, tal vez por falta de ingenio, tal vez porque no vale la pena de satirizar nada, y esa ha sido, posiblemente, una de las causas de decadencia del Carnaval, que con la sátira más ó menos gorda ha perdido uno de sus aspectos más hondamente artísticos.

Del Carnaval callejero, tan monótono, vulgar y sin gracia, la única nota que podía recordar, más ó menos remotamente, un Carnaval clásico, eran esas caretas de cartón que recordaban un suceso ó una figura culminante, mirada por el lado grotesco.

Los artistas valencianos fueron los últimos mantenedores de ese arte carnavalesco, y ello tiene una explicación suficiente: los valencianos han hecho un arte de las famosas fallas, y la careta de cartón es un elemento fundamental de él; para ellos, resucitar el Carnaval con su espíritu caricaturesco, sería, y será siempre, sencillo, porque no han perdido el sentimiento de ese género de belleza y conservan aún el sentido de la máscara.

Ese sentido faltó siempre en los carnavales aristocráticos: en los grandes bailes de trajes que antaño eran fiestas de lujo en las grandes casas, y de que se ha perdido la tradición, como en los carnavales aristocráticos de las grandes ciudades, Roma, por ejemplo, que dieron fama á la fiesta, las máscaras no usaban caretas de cartón: se hacían la cabeza adecuada al disfraz, y en el rostro maquillado conservaban toda la movilidad humana: la expresión psicológica de que forzosamente ha de carecer la careta estereotipadora de un gesto.

Todo lo más, cuando de embromar se trataba en esas fiestas dominaba el antifaz; el mismo artilugio que usaron para fines trágicos, más que los traidores en la vida, los traidores de melodrama.

El antifaz que deja visibles, vivos y animados, los labios y los ojos, los dos medios de más poderosa expresión de la fisonomía humana, enmascaró, sin embargo, suficientemente, porque borra los rasgos, que por menos rápidamente movibles son más característicos.



Segunda etapa de la fabricación de caretas: Afinando el molde y comenzando la pintura

El antifaz fué la máscara aristocrática y la careta femenina por excelencia. La de cartón, sobre pesada, acalorada y aun, en general, mal oliente, no podía aspirar nunca á tan altos destinos, y ninguna de las que pretendieron sustituirla como la careta de alambre fino, que recordaba demasiado la careta de esgrima; la de tela inísimas, que, generalmente, se ciñó demasiado á las facciones, no lograron siquiera ser efectivamente rivales de las que pretendían destruir, y la careta de cartón siguió imperando en los medios populares, y es casi la única usada hoy porque sólo en esos ambientes el Carnaval sigue perdurando, aunque, hay que decirlo todo, con vilipendio.

En Madrid casi se ha perdido ya la memoria de los grandes bailes de trajes en mansiones aris-

tocráticas, y los más fáciles de recordar, los más recientes, no pueden resistir la comparación con los de antaño.

Madrid tuvo, aun después de decaído el Carnaval callejero, épocas en que los bailes de máscaras lograron gran esplendor; pero jamás la careta de cartón tuvo en ellos derecho de ciudadanía. En el teatro del género chico apenas si hay obras con baile de máscaras que no tenga un mascarón masculino con disfraz del peor gusto posible y careta de cartón, naturalmente; pero esa figura, es, á lo menos desde el último cuarto del siglo pasado, completamente mítica; nadie la vió jamás en un baile real y efectivo.

Por todas estas razones, la fabricación de caretas de cartón no puede ser hoy, como quizás lo fué en otra época, una industria muy productiva.

La producción de ese género de caretas es muy barata; pero el público las paga á precios ínfimos, y no hay posibilidad de ganancia.

Menos mal que, lo repetimos, los fabricantes tienen esa industria como muy secundaria, y aún la tendrían en más extremado lugar si la fabricación de muñecos de cartón hubiera seguido las huellas de la infinitamente más moderna de los muñecos de trapo, pues los artistas desdeñan el cartón, y hacen mal.

Mediante modelos apropiados, y con la riquísima variedad que las artes industriales han producido y utilizan, de colores, barnices, esmaltes, etc., etc., podrían hacerse admirables figurinas de cartón, imitaciones perfectas y económicas de verdaderas obras de arte, hechas con materiales más costosos, y que forzosamente han de resultar menos accesibles al gran público.

Un resurgimiento de la industria del cartón piedra, que tuviese como orientadores y directores á verdaderos artistas, sería una fuente de riqueza muy digna de ser creada y sostenida. Fuera de España, y singularmente en los Estados Unidos, ese resurgimiento se ha iniciado ya, y tal vez no falten á su industria imitadores y copistas que la hagan prosperar nuevamente en nuestro país.

Es de temer, sin embargo, que los imitadores se limiten á esperar modelos exóticos, y aun funden en el exotismo de ellos su eficacia industrial.

Sería más interesante, sin embargo, crear y reproducir modelos españoles; pero, de todos modos, será plausible el renacimiento de esa industria.



Tercera etapa: Terminando la pintura y acentuando el gesto



M A S C A R A S

¡Oh, qué veol
 Veo
 encendido en tus ojos el deseo...
 Y en tu boca, encendida
 de mi tormento la sangrienta herida.
 ¿Por qué me niegan tus labios rojos
 lo que me ofrecen tus ojos?...

◆
 Creí que me mirabas,
 pero me equivoqué,

pues aunque al parecer
 tu vista en mí fijabas,
 ¡del umbral de tus ojos no pasé!...

◆
 ¡Oh, mujer de bella faz,
 vanidosa y altanera,
 tu faz es un antifaz
 que oculta una calavera!...

GOY DE SILVA

(Dibujos de Bujados)



AQUEL «diablo blanco» que nadie conocía, recién llegado del remoto occidente, había logrado interesar á todas las muchachas del bello y luminoso To-chi-chang.

Era joven, alegre y optimista, con el alma encendida en sensualidad, garzoneador y galante, y seducía, más que por su exotismo, por el modo de lucir su garbo de mozo bien plantado y por lo diestro en extender sus artes de hombre avezado en amor.

También por su decir gracioso, por sus ademanes correctos, por el tono musical de sus frases, sartas de bellas mentiras, que prendían bien en el espíritu sencillo y ceremonioso, dulce y ritualista, de aquellas figulinas frágiles, enfermas de romanticismo, que tenían actitudes estatuarias, y que parecían á las veces evadidas de un fino tabor de porcelana...

Y de todas del lugar, la en otrora altiva, la hija del sabio gobernador, doctor en muchas ciencias, que era pálida y desmayada como una flor de te, la de las anchas melancolías y los mimos inefables, sentía más de lo que ella hubiese deseado la atracción morbosa hacia el extranjero con alma de arlequín, de vida y pasado ignorado, que no descubría nunca.

El se hizo presentar un día. El sabio gobernador le miraba receloso; y sus largas y educadas reverencias de cumplido tenían un cierto aire de insinceridad, bien disimulada; pero se apercibió el viajero fácilmente, y buscó los medios para hacerse grato y lograrse ganar la confianza.

Ni fué el empeño difícil ni la tarea complicada. Una tarde, el sabio doctor fué engañado por el aventurero. Se valió de una tercera persona; uno de esos seres que se prestan á todo y saben representar un papel cualquiera con la maestría del comediante experto. Un hombre desconocido, vulgar, de esos sin espíritu ó de espíritu retorcido como algunos troncos ásperos y secos que mienten torturadoras convulsiones. Le

TORMENTO CHINO

Dibujo de Brunelleschi

vistió con túnicas de abigarrados colores, bordados en sedas riquísimas; le puso unas barbas como signo de respetabilidad, blancas y largas, y así el hombre aquel, peléle grotesco de costisimo atavío, le sirvió de pantalla y escudo de sus fermentados amoríos.

Yo-Ceu desoía los consejos de su padre. Ponía actitudes trágicas ante sus largos razonamientos, en los que se repetían con frecuencia conceptos de abstracto sentido, y palabras oídas muchas veces en la escuela, en el hogar, en la calle: la familia, la raza, el honor, la religión... Luego se sumía en grandes éxtasis, en los que iba recordando las frases de él, y en los que se imaginaba los remotos países tan cuajados de flores como el suyo, tan animados de plantas y pájaros, de vívidos colores y tonalidades insospechados, henchidos de civilización, graves y fuertes, sin las bellas fragilidades del suyo.

Miraba sus pies, breves, como un símbolo de que su vida era quietud y sus horizontes próximos, y el camino corto. Y, sin embargo, sentía enormes deseos de ir adonde no sabía, de traspasar las milenarias murallas, de llegar al infierno blanco donde estaba el paraíso brujo de los refinamientos y de los adelantos.

Los espíritus del Malga rondaban, empujándola hacia la tentadora aventura; encendían su alma atormentada en deseos fervorosos, que no sabía contener, y poco á poco la fué dominando la idea y el amor del extranjero, y fué abandonándose á su suerte sin afán ni ansia de rebelión alguna...

Tanta sumisión llegó á perjudicarla. Porque un día que él desapareció, y precisamente el día de las más bellas promesas y de las más apasio-

nadas exaltaciones, Yo-Ceu, envenenada por su influjo, con el anhelo constante de nuevos y lejanos horizontes, salió en su busca. Pocas leguas anduvo sola y sin rumbo.

Porque antes que traspasara la linde de la comarca, los criados y guardianes de su padre la habían alcanzado y la hicieron retornar á su feble palacete, donde había de aguardarle él, y el castigo dictado, que se imaginaba terrible é inexorable.

Volvió toda temblando, bajo sus galas brillantes de un ru-ru escandaloso, y cuando llegó á presencia de su padre cayó de hinojos. Pero su padre la habló dulcemente, cariñosamente, y la hizo mil reverencias ceremoniosas insospechadas.

Luego hizo una seña y se retiraron todos los servidores, quedando los dos en la amplia estancia. Entonces, muy solemne, la dijo:

—¿Esperas mi castigo? No lo temas. He sido cruel con lo que tú más amabas...

Yo-Ceu quedó espantada. Se imaginaba al extranjero, víctima de crueles sufrimientos, de torturas implacables, de tormentos sanguinarios, lentos y teroces. Clamó y suplicó para sí el castigo, con tal de libertarle á él; pero todo fué inútil. Pasaban los días, los meses, los años, y Yo-Ceu oía á diario decir á su padre que había sido cruel con lo que más amaba; pero ni le decía más ni dejaba traslucir cómo fué el rigor y la forma de su venganza.

Un día lo supo Yo-Ceu.

El viejo doctor en muchas ciencias no había hecho mal alguno. Hasta disculpó el pecado de amor; pero tuvo á su hija más de media vida llena de incertidumbre.

Hasta que comprendió que ya no le hacía mella en el espíritu de Yo-Ceu, ni que la emocionaba el vago temor impreciso de los sufrimientos que él, con sabiduría, dejaba intencionadamente traslucir.

E. ESTEVEZ-ORTEGA

EL PARÍS DE MAÑANA

MUCHOS juzgamos que París resulta demasiado grande desde el punto de vista característico, pues pierde su *cachet* según se desparrama; pero resulta demasiado pequeño desde otros menos líricos puntos de vista. En efecto, nunca como al presente se identificó acá tan agudo el doble conflicto de la circulación y la vivienda. Imposible ir de prisa, á pie ó en automóvil, por la superficie de esta urbe harto populosa, donde todo el mundo tiene prisa, é imposible asimismo hallar alojamiento cómodo: no se cabe dentro de las casas; no se cabe á lo largo de las calles siquiera. ¿Qué hacer?...

Nadie sabe qué hacer, y hay que hacer cuanto antes cualquier cosa con objeto de acudir al mal creciente; si no, estallará pronto la congestión completa, que se manifiesta casi completa ya. Abundan, por supuesto, los proyectos, á fin de remediarla: cada uno propone su panacea infalible; se anuncian inmensas avenidas, épicas rascacielos, telescópicos *buildings*, aerobuses, autobóridos; la ley Loucheur construirá en escaso tiempo 50,000 habitaciones, y el municipio tiende á descentralizar los focos comerciales; para la primavera próxima, un congreso dictaminará sobre el asunto, compaginando sugerencias distintas. Entretanto, París revienta de repleto y sus ocupantes se ahogan de apreturas, sin que acaso logren aguardar los años indispensables á la solución del problema difícil.

En realidad, la Ville Lumière ha padecido siempre un exceso de tumulto hacia su núcleo. Cierta estampa editada al comienzo del siglo XVIII nos muestra la baránda de vehículos y muchedumbre que apenas contenía el Puente Nuevo entonces. Sin duda, la metrópoli hubo de extenderse no poco á partir de aquella fecha; no obstante, hubo de extenderse más su población, también sin duda. A ello obedece que se denotaran vanas las ordenanzas con las cuales se procura á diario reglamentar el flujo urbano, y de las cuales se desiste al punto, substituyéndolas por otras á su vez inútiles.

Tras de aludir incidentalmente al París de ayer, el contraste suscita ahora la pregunta relativa á cómo será el París de mañana. Sus futuros autores no están de acuerdo todavía sino



París ha padecido siempre un exceso de tumulto. He aquí un aspecto de la aglomeración del Puente Nuevo á principios del siglo XVIII, según estampa de la época

respecto al extremo de prolongarlo por los aires, de superponer pisos y pisos. La imaginación crea de antemano una ciudad caótica de movimiento y alboroto que invadirá las nubes, sin perjuicio de aprovechar el subsuelo, ciudad de águilas y topos que no ha de contentarse en modo alguno con un solo nivel. El ciclópeo designio nos evoca milenarias edificaciones colosales y proféticos decorados de epopeya cinematográfica.

Detallemos semejante inmediato porvenir parisiense. He aquí, por ejemplo, los planos de Le Corbusier, arquitecto ilustre de quien la audacia ultramoderna aspira á demoler la capital actual sin dejar de ella más que parte de los monumentos históricos. Henri Sauvage y Au-

guste Perret, de un moderado radicalismo, limitan sus ambiciones á triplicar la altura de los inmuebles en vías que posean la amplitud de los Campos Elíseos ó á erigir escalonadas torres de vecindad á orillas del Sena. La *Revue des Vivants* brinda arterias de veinte kilómetros y anchas de doscientos cincuenta metros, reemplazando el dédalo de callejuelas estrechas y malsanas. Un arquitecto del Gobierno, André Ventre, quiere que los autos marchen por patios y túneles abiertos en la especie de cuarteles condensadores de nuestros domicilios. Marcel Hennequet nos ofrece tres magníficas carreteras que afluyan al centro y desemboquen en tres magníficas estaciones ferroviarias...

Conforme advertiréis, el París de hoy, con sus rincositos provincianos y sus moradas leprosas, con sus medios de locomoción interrumpidos y sus cafés á oscuras después de la una de la noche, parece sentenciado á muerte. ¿Qué derecho asiste á derruirlo? ¿No se respetará el encanto de su vejez augusta?... ¡Oh!, las necesidades de un tráfico epiléptico y de una existencia práctica prescindien de la poesía, arrollando voluntariamente el prestigio simpático de pretéritos indicios, que á la postre implican sólo estorbos, en resumidas cuentas.

Sin embargo, no debemos alarmarnos ni ilusionarnos por demás tampoco. A despecho de la urgencia que reclama enérgicas medidas, constituyen las tales simples divagaciones que nos ayudan á pasar el rato. París no modificará de buenas á primeras su fisonomía, pese á los arquitectos revolucionarios y á los congresos parlanchines. Claro que se llevará á cabo algo, un programa mínimo, lo justo para que no varíe el conflicto de la aglomeración y para que la novedad del arreglo quede borrada entre la vetustez del conjunto. Seguiremos, pues, comprimiéndonos hasta lo inverosímil bajo el techo de minúsculos cobijos; seguiremos invirtiendo un cuarto de hora en cruzar la plaza de la Estrella; seguiremos desvariando ante el contrasentido de sitios anacrónicos... Y luego de transcurrir dos centurias aún, igual que dos centurias atrás, los transeuntes de esta villa congestionada seguirán comentando las bellezas y comodidades de la venidera villa, cuyo hipotético advenimiento los consolará de la falta de espacio donde rebullirse.



La plaza de la Magdalena á las doce del día en la actualidad. Los autos obstruyen la circulación, sin poder circular tampoco, por lo que ya se piensa seriamente en reedificar un París más amplio

FIGURAS EXTRAORDINARIAS

EL ESTUDIANTE DE OXFORD QUE SALVÓ AL AFGANISTÁN

Mi entrañable amigo Morison hallábase un día discutiendo con un anticuario en la calle de los Cristianos, de Jerusalén, cuando vió discurrir un grupo de árabes en dirección á la puerta de Damasco. Su atención se fué con ellos inmediatamente, y no es que sea cosa notable ver árabes en Jerusalén, pues toda la Palestina está habitada por un número diez veces mayor de árabes que de judíos. Lo que principalmente le había interesado era un simple beduino que se destacaba notablemente del grupo de sus compañeros. Llevaba el agal y el kufich que sólo portan en Oriente los príncipes nativos. De su cinturón pendía el corto alfanje de oro de un príncipe de la Meca, insignia que le marcaba como un descendiente del Profeta.

La calle de los Cristianos, de Jerusalén, es una de las más pintorescas y variadas del Asia Menor. Judíos rusos; sacerdotes griegos con sus altísimos sombreros negros; nómadas del desierto envueltos en pieles de cabra, como en tiempos de Abrahán; turcos tocados con el rojo fez; comerciantes árabes con sus alegres turbantes y chilabas, todo bulle y se agita en esta angosta calle de bazares, tiendas y cafés que conduce á la iglesia del Santo Sepulcro. Jerusalén no es un crisol donde se funden las razas, como en las nuevas ciudades de América; es un lugar donde se encuentran el Oriente y el Occidente, y donde el sol del desierto recorta en agudas siluetas las peculiaridades raciales de judíos, musulmanes y cristianos. Es preciso, pues, para que un extranjero llame la atención, que haya en su porte ó atavío algo verdaderamente extraordinario. Pues al pasar este joven beduino envuelto en sus regias vestiduras, acontecía que las gentes apostadas en las puertas de los bazares volvían el rostro para contemplarlo.

Mas lo que sorprendía y admiraba no era su atavío. Ni siquiera la majestad y talante de su persona, que parecía haber salido de las páginas encantadas de *Las mil y una noches*; sino que el misterioso príncipe musulmán era rubio y estaba totalmente rasurado al estilo de los ingleses. Los beduinos, aunque de raza aria, tienen la piel aburada por el sol del desierto: parecen hombres hechos con lava de algún volcán. Este mozo, por el contrario, era rubio como un héroe escandinavo. Los nómadas de Siberia usan todavía las prestigiosas barbas que estaban ya de moda en tiempos de Jacob; el apuesto joven del curvo alfanje de oro no tenía en el rostro más pelos que las doradas hebras de sus cejas y pestañas. Pasó rápidamente, y sus azules ojos de británico parecían absortos en alguna contemplación interior.

Ocurría esto poco tiempo después de la llegada á Palestina del general Allenby, comandante de los cruzados del siglo veinte, el cual arrojó á los turcos de la Tierra Santa, abatió la Media Luna y levantó la cruz sobre Jerusalén.

—¿Quién es ese joven beduino?—preguntó Morison al anticuario árabe.

Este, por toda respuesta, se encogió de hombros.

Pues el joven beduino no era otro que Tomás Eduardo Lawrence, estudiante de Oxford, el cual, al preparar su tesis universitaria—Arquitectura militar de las Cruzadas—, vióse acometido de un fuerte deseo de visitar los lugares que sólo por los libros conocía. Su familia, de la clase media acomodada, le dió permiso y cien libras esterlinas, suponiendo que las invertiría en un viaje Cook por el Asia Menor, Siria y Palestina, volviendo rápidamente á Oxford con su tesis documentada á continuar los estudios. Pero el estudiante llegó á Siria, se descalzó los pies, abandonó el traje europeo, adoptó el musulmán, é internándose en el desierto se fué á vivir con las tribus de beduinos, donde quedó sepultado, perdido por muchos años, estudiando las maneras, costumbres y lenguas de todo aquel complicado mosaico de pueblos que habitan en el antiguo corredor entre la Mesopotamia y el valle del Nilo.

Siete años llevaba viviendo con los nómadas del desierto, errando á través de Turquía, Siria, Palestina, Arabia y Persia, cuando estalló la guerra mundial. Lawrence tenía entonces veintiséis años y se hallaba haciendo excavaciones en el valle del Eufrates. Las autoridades militares del Cairo llamaron á todos los ingleses desparrramados por la Arabia—turistas, arqueólogos, orientalistas—, y Lawrence también se presentó.

Sabedor el Cuartel general del Cairo que Lawrence había vivido entre árabes, kurdos y turcos, y que por sus expediciones á los lugares y regiones poco conocidas era un experto en la topografía del terreno, dióle una comisión como segundo teniente en el departamento de mapas. Los generales británicos gastaban muchas horas escudriñando planos y discutiendo planes para romper el imperio turco. Acontecía muchas veces que, trazado laboriosamente el esquema de una campaña, era llamado el joven teniente para preguntarle si tenía alguna observación que ha-

real, un héroe de leyenda. En Damasco, en Jerusalén ó en la Meca, mentaban su nombre en solemnes y elevados tonos. Revivía la epopeya con su acompañamiento de hazañas sobrehumanas, novelescas. Muchos creyeron que el nombre mismo de Lawrence era sólo un mito exaltado por la fantasía de ese Oriente tan lleno de color y de romance...

Fronto se vió que el mito era una realidad. Doscientos mil beduinos montados en veloces camellos y en caballos voladores obedecían ciegamente al joven estudiante de Oxford. Era el terror de los turcos, que ofrecían por él, vivo ó muerto, medio millón de duros. Jamás ofreció Turquía tanto por la cabeza de un guerrero ó de un pirata. Pero Lawrence en el desierto, sentado en su tienda, las piernas cruzadas y rodeado de sus seguidores, los salvajes beduinos, estaba más seguro que paseándose por las calles de Londres. El Destino, en una de sus caprichosas jugarretas, había elegido para libertad la Arabia á este estudiante inglés, cuya ambición era cavar en las ruinas de la antigüedad y desenterrar ciudades muertas.

El imposible fué realizado. Restituyéronse los reinos á sus naturales señores, y Jerusalén fué dada sentimentalmente á las tribus de Israel... Lawrence volvió á hundirse en la arqueología. Inglaterra le había otorgado el grado de coronel á los veintisiete años; los árabes, el glorioso título de príncipe de la Meca; pero él, hecha la paz, volvió á hundirse en el valle del Eufrates, estudiando la civilización Itita, precursora de la antigua Babilonia y tal vez de la cultura de los primitivos griegos...

Así han pasado los años, cinco, seis, siete... De repente estalla en el Afganistán el formidable alzamiento reaccionario que amenaza la corona y la vida del descendiente de Abdulrahmán, Amanullah, vástago de una pléyade de guerreros que en memorables batallas infligieron graves derrotas á los ingleses. Los revolucionarios habían arrastrado á las tribus montañosas del Hindu Kush, del Kafiristan y del Kuram; habían forzado el paso del Khyber y avanzaban sobre Kabul. En este momento aparece el coronel Lawrence al lado del rey Amanullah, como consejero. ¿Era un auxilio que Inglaterra enviaba al Emir? Sin duda. Para la Gran Bretaña es tan importante lo que suceda en Kabul como lo que suceda en Calcuta. Los hombres del gran imperio consideran axiomático el viejo proverbio oriental de que «nadie puede ser rey de la India sin ser antes señor de Kabul». Ahora bien, es imposible decir en unas cuantas líneas la importancia que tiene para Inglaterra vivir en buena armonía con el Afganistán, que es un país independiente y la puerta de entrada á la India británica. Por eso, á pesar de tener en la India tantos militares distinguidos y expertos, no envió ninguno, sino que mandó á Lawrence, el hombre genial que, solo, levantó un ejército de doscientos mil islamitas nómadas y tomó con ellos las plazas fuertes y las ciudades sagradas del Islam.

Pero el antiguo estudiante de Oxford llevaba á Kabul otra orden misteriosa. El rey Amanullah había tratado con los Soviets rusos; habíase hablado en Moscú de tratados de amistad, de trato de excepción. Siguiéron á esto las reformas intentadas por el rey Amanullah. ¿Es que el Afganistán, la puerta vulnerable de la India británica, podía ser abierta? No. Lawrence llevaba la orden de cerrarla. Si era preciso derribar al rey, ¿qué importaba? Lo esencial era salvar de posibles contingencias al imperio de la India. De cómo han acontecido los sucesos ya tiene conocimiento el lector. Y á estas horas es posible que el rey de los afganos esté meditando cuán ligeramente adoptó su papel de soberano independiente y oyó las voces de los enemigos del Imperio británico.

JOSÉ RODRIGUEZ DE LA PEÑA



EL CORONEL LAWRENCE

cer. «Creo que en este plano hay muchas cosas que están bien—solía contestar—; pero la campaña debería ser llevada así...» Y trazaba unas líneas cortas á través de los valles que él solo conocía. Los más graves oficiales del Estado Mayor pusieron su confianza en este joven teniente, que apenas tenía vagas nociones de lo que era la táctica de los ejércitos. Pero sus sugerencias eran aceptadas y su reputación se extendió por los cuarteles generales de las fuerzas británicas en Oriente.

Un día Lawrence solicitó un breve permiso, y desapareció. Se internó con los suyos, los beduinos del desierto. El sabía que la Arabia estaba sometida al yugo turco, y emprendió liberarla. Pensó en la quimérica empresa de reunir un ejército organizado de nómadas, y lanzarlo contra el poderío de Constantinopla. Ahora bien, la empresa era superior á las fuerzas de un hombre, cualquiera que fuese. La península arábiga es mayor que Francia, España y Alemania juntas, y desde hace miles de años está habitada por tribus errantes de beduinos y lugareños árabes. Nadie había conseguido reunir á estos pueblos en un movimiento unificado. Sultanes, estadistas, guerreros, habían luchado con la casi imposible tarea. Pero he aquí que este estudiante de Oxford une á los nómadas, se coloca á la cabeza de un ejército de doscientos mil beduinos, arroja á los turcos de Arabia, conquista las santas ciudades y restaura el califato de los hijos del Profeta.

Por tierras de Egipto, Palestina y Mesopotamia oíanse fantásticas historias de las hazañas de Lawrence; mas muy pocos eran los afortunados que lograron verlo. Parecía, más que un ser

Elegancias



Vestido de «crêpe» satin negro, con la falda plisada

(Modelo Louise Boulanger)



Vestido de «crêpe» satin y «georgettes» azul marino

(Modelo Molyneux)



Vestido de «crêpe georgettes» negro y capa de armiño con cuello de renard blanco



Abrigo de «crêpe marocain» azul marino con cuello de piel

(Modelo Jenny)



Vestido de «crêpe» satin negro

(Modelo Le.comte)

CUANDO la nieve y el cierzo inclemente son el azote de muchos lugares de Europa; cuando el frío es más intenso en todas partes, el Lido, favorecido por un sol de primavera, ofrece una temperatura cálida que permite á los protegidos de la Fortuna entregarse allí á los placeres mundanos, entre los cuales el más destacado es el de la natación.

Los verdaderos *amateurs* caminan á pie por las calles, hasta llegar á la playa inmensa, envueltos en sus vistosas capas de baño; el espectáculo es sugestivo por las caprichosas notas de color. En las avenidas y en los paseos de la población, los árboles empiezan á romper las yemas de sus brotes; las rosas surgen en sus matas como gotas de sangre, y los almen-



Tailleur en popelín azul oscuro
(Modelo Beer)

El *five o'clock* comienza cuando la tarde muere, cuando el mar empieza a teñirse poco a poco de negro, y las olas tienen una extraña fosforescencia; entonces la orquesta típica argentina deja oír los sonos melancólicos del bandoteón y el banjo, y las parejas se lanzan al baile.

Los que no aman este ejercicio forman animados grupos, donde se charla de cosas banales; muchos juegan al *bacará* ó al *poker*; algunos inician el *flirt* propio de estos viajes de placer.

A las diez la cena ha terminado; los teatros abren sus puertas. El Lido ofrece mil espectáculos diversos á cuál más divertidos.

Los *cabarets*, las veladas del Casino y de los grandes hoteles, los bailes rusos, el ambiente de



Vestido de noche en encaje y tul color malva
(Modelo Drecoll)

dros alfombran con su fruto de primavera la arena dorada.

La hora del aperitivo es la más pintoresca del Lido. Es en el mismo borde del mar donde se reúnen los nadadores y sus acompañantes; ellas, envueltas en los albornoces, ó bien en traje de baño solamente; ellos, con sus *maillots* de tonos oscuros ó sus trajes deportivos. El aperitivo suele ser sólido: unas ostras, unos fiambres y una ensalada-rusa, todo ello acompañado de una copa de Oporto. Y todo esto amenizado por la música del *jazz* de los establecimientos de baños, que son como los bares americanos de París, centros de bienestar y de alegría.



gala que se respira en estas noches del Lido son una tentación.

Optamos por asistir á un salón donde se oye música local: cantos de Nápoles y Venecia; la fiesta es luminosa, magnífica y de una refinada elegancia.

La noche avanza, y es preciso marcharse, abandonar tan bello espectáculo.

Las mujeres van ataviadas con trajes y joyas deslumbradoras; en la pista luminosa se baila un vals lleno de melodía; el champán brota estruendoso de las botellas; la moderna Babel triunfa en el Lido con el concurso galante de lo más selecto, escogido y poderoso de cada país.

ANGELITA NARDI

Abrijo "sortie de theatres" en lameado oro y plata, ricamente adornado de eskuings.

HUÉSPEDÉS AUGUSTOS

LOS REYES DE DINAMARCA EN MADRID



EL REY DE DINAMARCA CRISTIAN X



LA REINA ALEJANDRINA DE DINAMARCA

Los Reyes de Dinamarca honran Madrid con su visita, y LA ESFERA cumple muy gustosamente el deber de saludarlos con todo afecto, deseándoles feliz estancia entre nosotros.

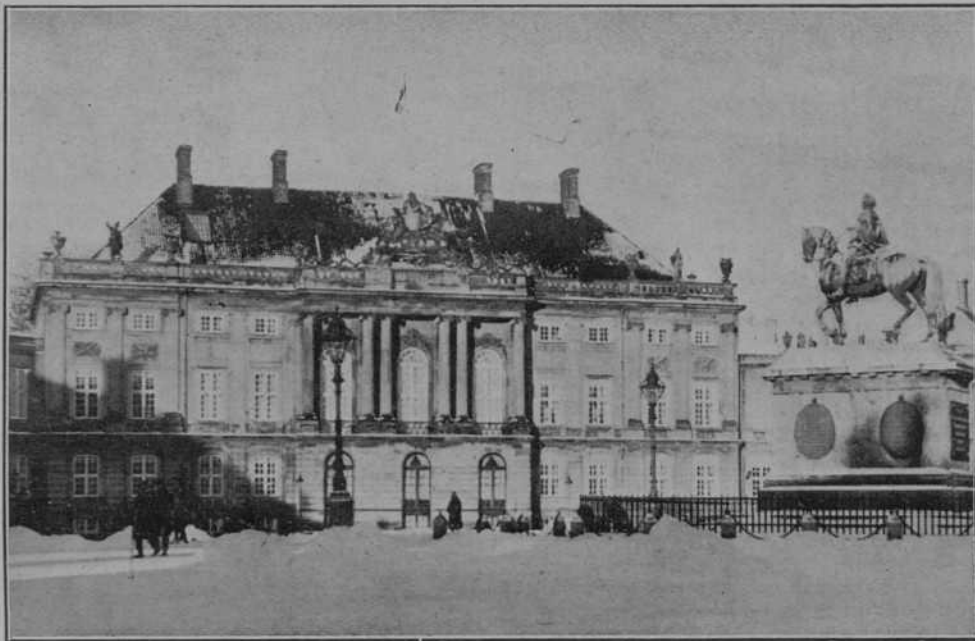
Las distancias geográficas no son suficientes para impedir el estrechamiento de lazos afectivos entre los pueblos, y las visitas regias constituyen verdaderas afinidades electivas que pueden determinar la mayor intimidad de aquellos lazos siempre satisfactorios para los países entre que se establecen, y no sólo por lo que pueden contribuir a una intensificación de los intereses económicos, sino, mejor aún, por lo que de esos lazos queda en la esfera más elevada del espíritu.

Cristián X y la Reina Alejandrina tienen, como máxima característica, la de ser muy amados por sus súbditos. Una de nuestras fotografías muestra el

entusiasmo lleno de cordialidad con que el pueblo de Copenhague recibe a su Rey cuando regresa de unas maniobras militares. Esa fotografía sintetiza el espíritu de aquel pueblo en su constante relación con los Monarcas que ahora visitan a los Reyes de España.

Cristián X y la Reina Alejandrina viven constantemente en contacto con el pueblo, y de esa intimidad resulta la fuerza con que son amados por los dinamarqueses.

Reproducimos también en estas páginas, además de las figuras de los Monarcas dinamarqueses, su residencia habitual en la capital de su reino, el castillo de Amaliemborg, y una escena de maniobras militares en que la Reina Alejandrina forma grupo con el Príncipe heredero, no lejos del constituido por el Rey con los jefes del ejército de Dinamarca comentando las maniobras.



Castillo de Amaliemborg. Residencia en Copenhague de los Reyes de Dinamarca, con la estatua de Federico VI



S. M., el Rey Cristián X, con su Estado Mayor, comentando las maniobras. En otro grupo, la Reina Alejandrina con el Príncipe heredero



El pueblo de Copenhague rodeando y aclamando al Rey Cristián X al regresar de una revista militar

GUILLERMO II ALIMENTANDO A SUS PATITOS

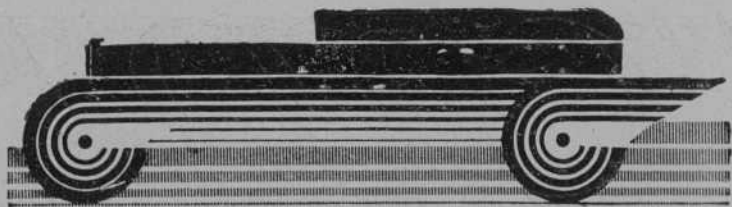


Una de las más recientes fotografías del ex Kaiser, hechas muchas con ocasión de haber cumplido los setenta años Guillermo II, es la curiosísima que reproducimos en esta página, y muestra al antes belicosísimo personaje entregado á una de las más apacibles ocupaciones: la de dar de comer á los patitos de su finca de Doorn.

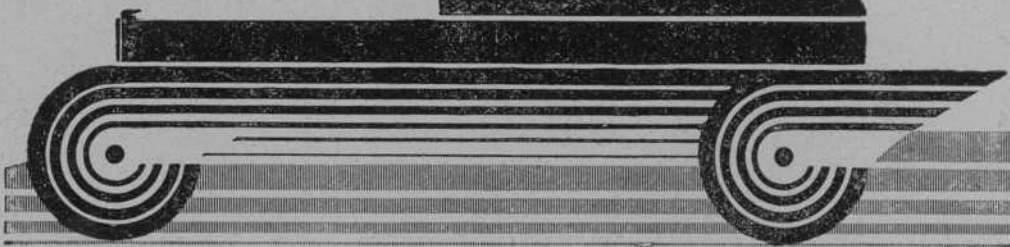
Aún conserva Guillermo su empaque y su potencia militar; pero, por el momento al menos, parece muy remoto el peligro de que pueda conmo-

ver nuevamente la paz universal. Entregado apaciblemente á la avicultura, su vida hubiese sido evidentemente menos funesta á la Humanidad... Tal vez, sin embargo, tampoco hubiese sido un factor eficazísimo para el acrecentamiento de la grandeza alemana.

La vida actual del ex Kaiser es propicia á las meditaciones; sería de supremo interés conocerlas y relacionar con ellas su actual actitud campesina.



CHRYSLER!



CHRYSLER!



CHRYSLER!

65

75

IMPERIAL

80

Tres magníficos tipos de automóviles Chrysler de seis cilindros. El Chrysler Imperial 80 — el mejor de todos los Chrysler. El Chrysler 75 — el favorito de todos los Chrysler. El Chrysler 65 — un Chrysler de seis cilindros a precio muy moderado. Todos con motores de alto rendimiento — frenos hidráulicos — ballestas montadas en aisladores de goma. Vea Vd. la gran variedad de magníficos modelos en nuestros salones de exposición. Pruebe uno en carretera. Automóviles Chrysler de todos los tipos y precios.

AGENCIA EXCLUSIVA PARA ESPAÑA:

S.E.I.D.A. (S.A.) FERNANFLOR 2, PISO 1º, MADRID. VENTA AL PÚBLICO:

AVENIDA DE PI Y MARGALL 14

Chrysler Sales Corporation, Detroit U.S.A.

Dolores

desaparecen
con
VERAMON
Schering



¡Que alegría verse libre de tales tormentos! — ¡Y cuan fácilmente se consigue este alivio con el Veramon!

Es el antidoloroso de elección contra los dolores de cabeza, de muelas y muy especialmente en las molestias propias de la mujer. El Veramon se distingue:

1. por la rapidez de su efecto,
2. por su absoluta inocuidad,
3. por no producir ardores o cansancio.

De venta en todas las farmacias
(Tubos de 10 y 20 tabletas)

80333104





PELUQUERÍA DE SEÑORAS RAMOS



ARTÍSTICOS POSTIZOS PARA SEÑORA Y BISOÑES DE CABALLERO
TINTES, PERFUMERIA, ADORNOS
MANICURA-MASAGISTA
CASA PERFECCIONADA EN
Ondulación Marcel y Permanente
Huertas, 7 dupl.º—Teléfono 10667
SUCURSALES:
Plaza del Rey, 5. Duque de la Victoria, 4
Teléfono 10839 Teléfono 512
MADRID VALLADOLID

Un reclamo cinematográfico original :



Es el que se le ha ocurrido para llenar su sala á diario durante las primeras sesiones de tarde á un empresario de cine berlinés. Consiste simplemente en ofrecer á los espectadores durante el primer descanso, en el bar ó en saloncillos *ad-hoc*, un selecto te acompañado de pastas y fiambres completamente gratis y, de añadidura, sin propina al botones encargado del servicio. Huelga decir que desde que se implantó este *five ó clock tea* libérrimo y bien instrumentado, el nada lerdó empresario está haciendo taquillas fenomenales. Nuestra fotografía presenta una pareja de aficionados al film con intermedios sustanciosos y gratuitos.

nes como por la disposición de los detalles y lo real del movimiento, se había anticipado muchos siglos al arte de los tiempos históricos. El modo efectivo de interpretar mediante simples líneas forma y movimiento, hasta llegar al último grado de estilización, se considera generalmente como uno de los más altos atributos de belleza del arte grecoegipcio. En todo caso, este artista de la Edad de Piedra evidenció en esta obra sorprendente habilidad extraordinaria, paciencia infinita y verdadero genio. Probablemente, él debió ser también autor de otros tres petroglifos, representando un rinoceronte negro y dos alces, descubiertos en el mismo lugar del Transvaal.

En lo que se refiere á la antigüedad de la obra, no puede haber la más leve duda. Pruébalo suficientemente la densa pátina que la recubre. A este propósito hemos de recordar que la diabasa cristalina en que está grabada la figura del rinoceronte presenta una coloración azulada verdosa cuando está recién raspada, adquiriendo el tono rojizo obscuro por virtud de la oxidación á través de muchos miles de años.

¿Serían estos petroglifos sudafricanos una prueba más que esgrimir por los que asignan a Africa el honor de haber sido el foco evolutivo de la especie humana? Lo indudable es que el hombre primitivo alcanzó en el Africa del Sur verdaderas superioridades artísticas en una época que corresponde muy de cerca con el período auriniense europeo.

A lo expuesto por Mr. Herbert Lang, añadiremos que el rinoceronte blanco se halla al presente casi extinguido en el Africa Austral. Su escasez ha llegado al punto de pedirse en el Parlamento de El Cabo medidas protectoras de este paquidermo. Por lo que se refiere al pajarillo que representó en su grabado el artista cincuenta veces milenario, hemos de recordar esa cu-

Antes de enjabonarse póngase CREMA HINDS



Empápese usted bien la barba con Crema Hinds, dándose un rápido masaje con ella.



Cuando la cara todavía está húmeda enjabónese como de costumbre. La navaja cortará divinamente sin irritar la tez.



Al terminar, después de secarse, otro poco de Crema Hinds deja el cutis suave y terso todo el día.



y al terminar póngase CREMA HINDS



riosa fraternidad que establece la Naturaleza y por razones de mutua utilidad entre especies distintas. Así, por ejemplo, el rinoceronte traba estrecha amistad con la avejilla denominada *bufaga ó ani*, que busca su alimento en los innumerables insectos que pululan en la gruesa piel del paquidermo, con lo que le libra de las picaduras de tan molestos parásitos. No se limita á esto, sin embargo, la acción benéfica de la bufaga respecto á su amigo el rinoceronte. Si éste duerme su larga siesta al borde de un pantano ó bajo la fresca sombra de los árboles, y se aproxima algún peligro, las bufagas despiertan al durmiente con sus chillidos y picotazos en aquella parte de la piel donde es mayor la sensibilidad del animal entregado al sueño.

D. R.

EL ARTE DEL HOMBRE PRIMITIVO

Un petroglifo de hace cincuenta mil años

POSEE el Museo del Transvaal, en Pretoria, una de las más antiguas representaciones—sino es en realidad la de más remota fecha—del arte rupestre, cuyas portentosas muestras ofrece en nuestro país la ya célebre cueva de Altamira.

Trátase de un petroglifo ó grabado rudimentario en piedra descubierta no ha mucho tiempo en unas canteras de diabasa cristalina de dicha región sudafricana, y cuya antigüedad está calculada por geólogos y arqueólogos entre veinticinco y cincuenta mil años. Ocupándose de este admirable hallazgo, escribe lo siguiente Mr. Herbert Lang, conservador del referido museo:

«Representa este grabado en roca basáltica un rinoceronte blanco, y puede atribuírsele al paleolítico superior ó período auriniense (hombre de Cro-Magnon ó «Boskop» sudafricano), resultando difícil de imaginar la existencia de una obra de arte que la supere en su clase, no sólo por las dificultades de ejecución con que debió luchar su lejano creador, sino por lo exacto de la copia realizada.

Raspada con infinita paciencia, sobre la dura roca, aparece, con toda precisión de líneas y de detalles, la imponente figura del paquidermo, que avanza al trote, irritado por el picoteo de un enjambre de pajarillos posados sobre sus lomos, curiosa particularidad que debió herir vivamente la imaginación del artista prehistórico. Todo revela en este maravilloso petroglifo que su remoto autor, tanto por el equilibrio de proporci-

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

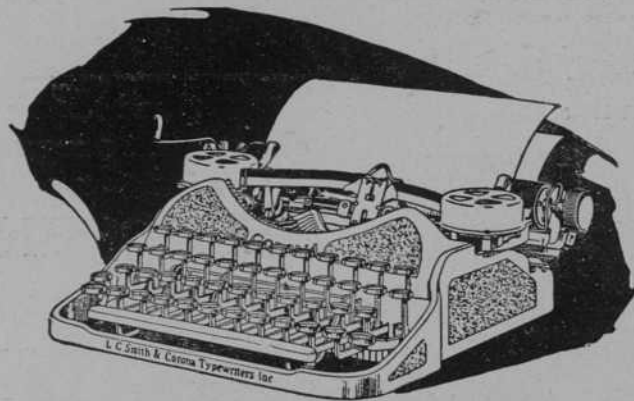
CASA VILCHES

GRABADOS
MARCOS
LIBRERIA DE ARTE
OBJETOS PARA
REGALOS

Avenida del Conde de Peñalver, 5

(Gran Vía)

MADRID



Nuevo modelo "CORONA" FOUR

CON NUEVAS REFORMAS

Diríjase al agente local y pídale una demostración de nuestra máquina

Modelo en colores Duco y en negro
Coronas plegables, modelo de viaje

VENTA AL CONTADO Y A PLAZOS

PIDAN CATÁLOGO

GASTONORGE, C. A., Sevilla, 16, MADRID

UNA CAJA
DE
VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

BIEN EMPLEADA Y A SU DEBIDO TIEMPO
DEFENDERA

vuestra **Garganta**, vuestros **Bronquios**,
vuestros **Pulmones**

COMBATIRA

vuestros **Constipados**, **Bronquitis**,
Grippe, **Trancazo**, **Asma**, **Enfisema**, etc.

PERO SOBRE TODO Exigid expresamente
LAS VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

QUE SE VENDEN UNICAMENTE

EN CAJAS

con el nombre VALDA
en la tapa y nunca
de otra
manera.

Fórmula:
Menthol 0.002
Eucalyptol 0.0505
Azúcar-Goma

EA USTED EL VIERNES **NUEVO MUNDO**

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24
ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de Inglés, Francés, Alemán e Italiano
CLASES GENERALES E INDIVIDUALES * TRADUCCIONES

PRENSA GRÁFICA

(S. A.)

EDITORA DE

LOS MIÉRCOLES
MUNDO GRÁFICO
30 céntimos ejemplar

LOS VIERNES
NUEVO MUNDO
50 céntimos ejemplar

LOS SÁBADOS
LA ESFERA
UNA peseta ejemplar

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Hermosilla, 57, MADRID.-Apartado 571
Teléfonos 50.009 y 51.017



Los pies hinchados, magullados y lastimados por la fatiga y la presión del calzado se restablecen fácilmente empleando los Saltratos Rodell. Estas sales transforman un baño de pies en medicamento y ligeramente oxigenado, poseyendo maravillosas propiedades tónicas, antisépticas y descongestionantes. Además, los Saltratos Rodell reblandecen callos y durezas a tal punto que pueden quitarse fácilmente sin peligro de herirse. Venta en Farmacias, Droguerías y Centros de Específicos



Los mejores retratos y ampliaciones
DIAZ CASARIEGO

Fernando VI, 5, planta baja **MADRID**

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FOTOGRAFÍA

ALFONSO
Fuencarral, 6 - MADRID

Teléfonos de Prensa Gráfica
REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN:

50.009 51.017

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que había vacante entre las revistas técnicas, no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

AGENCIA GRAFICA

REPORTAJE GRÁFICO DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones a

AGENCIA GRAFICA

Apartado 571 MADRID

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La caspa desaparece rápidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones

De venta en todas partes

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

ANUNCIO V. PEREZ

MAQUINARIA DE UNA FABRICA DE HARINAS

SISTEMA MODERNO Y COMPLETAMENTE NUEVA

SE VENDE

Dirigirse a D. José Briales Ron
Puerta del Mar, 13 MÁLAGA

Lea usted todos los miércoles

MUNDO GRAFICO

30 cts. ejemplar en toda España

ROLDÁN

Camisería

Encajes

Equipos para novias

Ropa blanca

Canastillas

Bordados

FUENCARRAL, 85

Teléfono 13.443

MADRID

Rogamos a nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y a todas aquellas personas que se dirijan a nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

Cooperativa de la Asociación de la Prensa

MADRID

Grandes establecimientos de ultramarinos en la calle de la Libertad, núm. 13, y Goya, núm. 9 (esquina á Serrano)

GÉNEROS DEL PAÍS Y DEL EXTRANJERO

EMBUTIDOS - CONSERVAS - QUESOS - MANTECAS - POSTRES
VINOS DE LAS PRINCIPALES MARCAS

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Todo comprador tiene un descuento de cuatro por ciento

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES



A impaciencia con que aguarda la señal de su dueño para lanzarse veloz á la caza, revela el perro buen cazador. Como símbolo de sus cualidades, sobre el radiador del Lincoln, pronto á partir al menor deseo de su conductor, aparece el galgo lanzándose á la carrera. Ambos poseen la misma marcha rápida y segura, la misma docilidad al mando, la misma finura y elegancia de líneas que revela en su dueño una persona refinada y amante de la distinción.

LINCOLN

AUTOMÓVILES LINCOLN ICARIA, 149 BARCELONA